

A dark, atmospheric photograph of a room. In the foreground, a wooden chair with a high back and vertical slats is visible. To the left, a potted plant with large green leaves sits on a surface. The background is a dark, textured wall, possibly a wall with peeling paint or a dark curtain. The overall mood is somber and mysterious.

Rafa Ron

Palidez y otros relatos

Cuaderno de pornografía argumentada



Palidez y otros relatos

RAFA RON

Palidez
y otros relatos

(Cuaderno de pornografía argumentada)

Prefacio, por L.
Posfacio y entrevista al autor,
por Nieves Bruxina

© Rafa Ron

© ilustración de portada: Leticia Baselgas

© del prefacio: L.

© del posfacio: Nieves Bruxina

© diseño, composición y edición:

ORPHEUS EDICIONES CLANDESTINAS

Gijón, Asturias, España

editorial@orpheus.es

orpheus.es

isbn: 978-84-120524-2-8

depósito legal: as 01823-2019

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, o por cualquier otro, sin permiso previo por escrito del editor.

Gijón, Principado de Asturias (Spain), 2019

Aviso de los editores

Nos creemos en el deber de advertir al público de que estos relatos son casi un ejercicio autodidacta, un atrevimiento, como casi toda obra lo es, y un placer para el lector adiestrado y curioso. Ha de tenerse en consideración que el autor, huyendo de la pretensión de publicar, destruyó casi todos sus textos, no sin antes habérselos mostrado a un puñado de personas, afortunadas quizás sin saberlo. Es ella, Paloma, «la rescatadora de estos cuentos supervivientes», quien se encarga de salvar parte de sus escritos, sin corregir, y quien le anima en todo momento a seguir escribiendo y mostrando su obra. Quien le invita a seguir creando.

Si bien las historias y aventuras que se relatan poseen en parte un fondo real, la mayor parte responde al sustrato onírico, donde la imaginación regala imágenes que el autor espeta hasta clavárselas al lector, volviéndolo casi siervo de su lectura.

En efecto, varios de los personajes poseen unas costumbres seguro perniciosas para algunos, placenteras y excitantes para otros, sin duda todas válidas en este siglo en el que cuanto es consentido resulta certero y adecuado, en una sociedad que se sospecha y vanagloria de ser permisiva y tolerante, pero que a menudo carece precisamente de lo que presume.

Conviene advertir de que los relatos han sido recopilados sin apenas labores de edición ni corrección: se trata de una propuesta límpida y humilde, tal cual Rafa Ron la ofreció a sus selectos lectores, sin más instrucciones de juego que las de dejarse llevar por su lectura sin recelo, sin caer tampoco en convencionalismos y, sobre todo, sin prejuicios.

El autor había diseñado una posible edición, de ocho cuentos, que se titularía Siete espinas y una rosa. A esa selección inicial, el autor añadió dos más, por si quizás fueran también de interés. Palidez y otros relatos ve la luz porque fue un regalo para Rafa Ron. En palabras del autor, «el regalo de su vida», dedicado a Paloma, por ser la rescatadora de sus textos y, «por todo» lo demás.

Rafa Ron falleció el 6 de noviembre de 2018, a las 15.50 horas. Pudo ver antes de morir una prueba digital de este libro, con la que se mostró conforme. Pese a su batalla contra la enfermedad no pudo tenerlo físicamente en sus manos.

Este libro secreto que ahora Orpheus Ediciones Clandestinas convierte en libro revelado ha sido posible gracias al talento magnífico de la ilustradora Leticia González Menéndez y de José Ramón Fuentes, que asesoró en el diseño editorial.

Conviene ahora, lector, que olvides a medias este aviso, y te sumerjas en los relatos y que al leerlos los hagas tuyos, aunque sea para cuestionarlos. Como señaló Rafa Ron al respecto, «solo la indiferencia será una frustración».

Declaración de intenciones

Orpheus Ediciones Clandestinas persigue rescatar del olvido aquellas obras que, de otro modo, estarían condenadas a perderse. Este proyecto singular es más que una empresa, un sueño, un paso a dos, un atrevimiento a la par, que no persigue éxito ni reconocimiento: tan solo lograr un hueco en la estantería para aquellos libros insólitos pero que, tal vez, sostengan el mundo.

Esta editorial nace de la ficción imaginada en el inclasificable pseudoautobiográfico La Cuarta Vida. La existencia de este proyecto forma parte de los acontecimientos predispuestos por el autor, L., para que La Cuarta Vida cumpla con el objetivo de ser al mismo tiempo un relato sobre el pasado que anticipa el futuro, tal y como él dejó escrito:

—Hay algo que querría preguntarte —dice sentada a la mesa.

—Adelante.

—Apenas sé nada de ti. Tampoco es algo que debas revelarme; quiero decir que a fin de cuentas sólo trabajo para ti, pero nunca me has contado por qué elegiste este sitio para abrir tu editorial, o lo que sea. Me paso la mayor parte del tiempo haciendo fichas de escritores, de libros, de colecciones que ya existen. Pero no sé qué haces tú.

—Yo intento salvar mi vida.

—¿Ves? Siempre sales con una respuesta así. Yo me quedo dándole vueltas a tu frase en mi cabeza y pasan los días y no llego a ninguna conclusión.

Entonces le cuento que, en realidad, esta no será una editorial al uso, pero ella ya lo sabe.

—Escribiremos los libros de otros, que otros editarán; y nosotros editaremos textos que jamás se publicarían, pero que requieren de una referencia para el futuro.

—No entiendo.

—Hay libros que solo deben existir para ser citados. Es la antítesis del planteamiento borgiano: si un pensamiento, una idea, merece formularse pero requiere de un desarrollo complejo, es mejor suponer que existe el libro que la expone y simplemente citarlo a pie de página. Nosotros les daremos forma a esos libros.

—Pero ese es un trabajo enorme, además de absurdo.

—Sí. Publicaremos volúmenes cuyo mero interés será, quizás, sólo una frase que alguien podrá entrecomillar años después.

—Hace tiempo me dijiste que esos libros no se encontrarían tampoco fácilmente. ¿Entonces?

—Hay muchas personas que de manera silenciosa, con el paso de los años, han ido componiendo libros que jamás verán la luz, aunque desearían tener la satisfacción de verlos impresos, legarlos a sus nietos, enviárselos a sus amistades.

—Algo parecido a la autoedición.

—Sí, pero sin tantas trampas como las que encierran la mayoría de empresas que se dedican a ello. Nosotros haremos que esos textos se conviertan en relevantes, pero no serán una carga para nadie. No olvides que no editaremos por el mero hecho de que el autor esté interesado en hacerlo. No.

—¿Y cómo los haremos relevantes?

—Citándolos. Nosotros haremos la nota a pie de página que rescatará ese libro para siempre.

—Pero ¿dónde los citaremos?

—Fácil. En los libros que escribamos para otros, que firmarán otros y que editarán otros.

Lorena queda en silencio unos segundos hasta que por fin desata todos los nudos.

—¡Ya entiendo! Es algo así como un enredo.

—Sí, en cierto modo. Establecemos la posibilidad de preservar textos que luego serán citados en obras que el público supondrá escritas por autores serios y de prestigio, o lo bastante conocidos como para no despertar sospechas. Esa cita se convertirá en valiosa. Y nadie podrá dudar de la autenticidad porque el libro de origen está registrado.

—Pero en ese caso, cualquiera podrá leer ese libro primero, porque existe, nosotros lo hemos publicado.

—Sí, pero jamás habrá ejemplares.

—Acabas de decir... —titubea

—No te he dicho cuántos ejemplares editaremos.

—¿Cuántos?

—Solo dos.

—¿Dos? ¿Quién habría de estar tan loco? Se supone que el autor quiere regalárselo a sus nietos... a sus amistades.

—Los nuestros deberán asumir eso. Habrá un ejemplar que quedará para ellos como único legado para el futuro, para su familia, su amante, quienes quieran. Habrá otro, que tendremos nosotros. El libro se convertirá inmediatamente en obra descatalogada.

—Me parece una locura. ¿Pero eso te hará ganar dinero?

—No. El dinero se gana escribiendo. Y para eso te necesitare en cuerpo y alma.

—Yo no sé escribir.

—Cualquiera sabe. Pero yo te requiero como ayuda, para lograr un buen ritmo de producción que me permita pagar tu sueldo y vivir con dignidad.

—Y tú, ¿por qué no escribes una novela, con tu nombre y apellidos? Sería más fácil.

—Porque aún es pronto.

—¿Quién nos encargará los libros que firmarán otros? —pregunta.

—Conozco a las personas adecuadas y jamás he fallado.

—Bien —dice—, tendré que tener fe en ti.

(L., *La Cuarta Vida*)

Prefacio

por L.

No recuerdo la fecha, porque hay épocas de mi vida que tienden a diluirse en una extraña nebulosa, pero Madrid se congelaba y la Puerta del Sol parecía bullir más de lo habitual. Quizás estaban próximas las Navidades. Tampoco recuerdo demasiados detalles sobre ella: se llamaba R., tenía 20 años y estudiaba Fisioterapia. Hacía vida de estudiante en la capital, la mayoría de los fines de semana regresaba a casa a ver a su familia (¿en Toledo, en Ciudad Real?) y soñaba con tener su propia clínica en el futuro, algún día. Yo jamás la había visto antes, ni siquiera en una fotografía. De ella yo solo conocía su encargo preciso.

—¿Alguna vez lo has hecho? —le pregunté por teléfono.

—No, pero quiero que seas tú —respondió.

A esta memoria mía le gusta difuminarse hasta convertir los hechos recordados en una neblina. En ocasiones, incluso los inventa y moldea a su antojo. Ahora, ante los textos que componen Palidez y otros relatos, quisiera lograr que esos ecos del pasado regresasen con la frescura con que en otro tiempo los tuve en mi mente y me atreví, incluso, a ponerlos por escrito en papelajos que acabaron perdidos en alguna mudanza. Nunca supe entender qué había llevado a R. a aquel frío cuarto de una pensión, a esperar la llegada de un desconocido y quedarse durmiendo en una cama que olía a desamparo y soledad. Yo entonces era otro, pero tampoco ahora sé con exactitud quién soy.

Me hizo saber la dirección en un mensaje de texto. Yo abandoné mi hotel y cogí el metro. La noche fría exhaló su soplo envolviendo aún más de irrealidad aquellos tiempos. Creo que aún hoy podría precisar dónde se encontraba la pensión, desde cuya ventana se contemplaba el luminoso de Tío Pepe en su ubicación original, en el número 1 de la céntrica plaza madrileña. Subí con disimulada calma la amplia escalera que conducía hasta el segundo piso. Un tipo se encontraba en la recepción.

—Vengo a visitar a una amiga, habitación número dos.

—Adelante —dijo.

Llamé a la puerta, aguardé unos segundos y entré.

Ella, R., si acaso aquel era su nombre, aguardaba dándome la espalda, sentada sobre la cama.

Era la chica más obesa que jamás había visto.

Permanecía en silencio, un cuerpo compacto, un ser sin matices.

—Hola —dijo.

Lo admito. Pensé en darme media vuelta y largarme.

—Creo que no te esperabas que fuese así —continuó—. Por eso no quise enviarte ninguna fotografía. Puedes irte si quieres.

Caminé sobre el piso de madera. Las ventanas estaban abiertas y el bullicio ascendía como un humo sonoro. Me coloqué frente a ella.

—Hola —le dije.

Sonrió.

No podría decir que hubiese al menos un brillo en su mirada en el que encontrar rastro de belleza. Sus ojos parecían agotados y sin luz, y me contemplaba con pesadez, enterrada en el fondo de sí misma.

—Bueno, quizás yo tampoco sea como esperabas y quien decide irse eres tú —dije.

Yo venía a cumplir un deseo ajeno. A eso me debía. «L., te has metido tú solo en esto», pensé.

—Entonces, ¿aún quieres? —me preguntó.

—Claro.

R. se puso en pie y, pese a la gelidez del cuarto, comenzó a quitarse la ropa sin apenas mirarme. Doblaba con cuidado cada prenda en el borde de la cama, quizás con la disciplina de las niñas ordenadas, aquellas que hacen las cosas como es debido y les han enseñado. Cuando se soltó el sujetador se desplomaron dos pechos enormes. Se deshizo de las bragas. Y quedó ante mí en una desnudez que resultaba grotesca.

—Ahora, pégame.

—¿Cómo quieres que lo haga?

—No sé. Sólo quiero que me golpees de un modo que no me deje marcas a la vista.

Me sentí de pronto paralizado.

—¿Estás segura de esto?

—Sí —dijo—. Es lo que quiero. Trátame como la perra que soy, como me merezco.

Prefiero ahorrar los detalles. Esos se los dejaría a Rafa Ron que, seguro,

los describiría con mayor acierto. Sólo diré que cada azote, cada palmada en su enorme trasero, cada paseo por el cuarto a cuatro patas con mi cinturón en su cuello, cada orden humillante que ella recibía y ejecutaba con una obediencia callada, se revelaban en sus ojos como reflejos vívidos de las luces de neón de afuera. Es cierto que podría haber hecho de ella cuanto quisiera. Aguardó paciente en la ducha, arrodillada, a que yo orinase sobre su rostro; aguantó con mansedumbre la presión del nudo del cordón de mis zapatos en sus muñecas; masticó en silencio el dolor; se olvidó del frío que la hacía temblar y erizaba su piel.

Cuando terminamos, empapada en sudor, me devolvió de nuevo su sonrisa.

Ella fue a darse una ducha, mientras yo miraba la televisión tumbado en la cama. Llegó luego envuelta en una toalla y se recostó a mi lado.

—Me ha gustado —dijo.

—No sé si ha sido lo que esperabas. No creas que tengo demasiada experiencia en esto —le respondí.

—¿Quieres que follemos? —preguntó.

—No, no he venido a eso —dije sabedor de que sería incapaz de cumplir llegado el caso—. Pero tú, ¿quieres correrte?

—Me gustaría —susurró.

Abrí la toalla y contemplé de nuevo su cuerpo, convertido en un amasijo de pliegues. Hundí mi mano entre sus muslos y bajo su vientre, tratando de encontrar el camino que pudiese llevarme a su coño. Ella permanecía quieta, mirándome, con una expresión de res obediente. Con todo, se corrió en apenas un espasmo y un suspiro, con los ojos entrecerrados y la boca abierta, mientras mi mano trataba de desenvolverse allí atrapada.

—Gracias —dijo.

Después estuvimos charlando un buen rato. Me habló de sus abuelos, con los que se había criado porque sus padres trabajaban demasiado y no los veía a menudo. La historia me pareció llena de incoherencias, así que supuse que mentía sobre todo ello. Me contó acerca de sus estudios, que apenas tenía amigos en Madrid, que le costaba adaptarse, de chicos mejor no hablamos, dijo.

—¿Por qué quisiste hacer algo así? —le pregunté.

—No sé, pienso que en cierto modo me lo merezco. Es lo que merezco por mi vida.

La miré al fondo de sus pupilas, tratando de averiguar quién se escondía

allí dentro.

No recuerdo mucho sobre cómo discurrió la hora que permanecemos acostados, uno al lado del otro, ella desnuda y yo vestido por completo. Imagino que saltamos de un asunto a otro al tiempo que yo intentaba comprender aquellos silencios pacientes y resignados con que rodeaba todas sus respuestas. La situación tuvo que relajarse, porque le dije que me quejaba de forma habitual de un dolor en la espalda, debajo del omóplato derecho, con seguridad debido a mi hábito de atrapar el teléfono entre el hombro y la mejilla cuando hablaba largas horas en la oficina de la editorial.

—Mira, te enseñaré un truco; es bastante fácil y te aliviará.

Me hizo ponerme boca abajo en la cama y se sentó sobre mí. Percibí todo aquel peso infinito sobre mis riñones.

—Dobla el brazo así, por detrás, intenta ahora tocar lo más arriba que puedas. Eso es. Bien. Hazlo siempre que te duela. Te ayudará.

Pensé en si habría alguna extraña postura que aliviase su dolor, el que no se reflejaba en los músculos, ni en los tendones, ni en la grasa.

Antes de despedirnos le dije:

—¿Eres consciente de que esto podría haber sido peligroso? No sabes quién podría haber sido yo.

—Tampoco tú sabías quién podría haber sido yo —respondió con una sonrisa.

—Ya me entiendes.

—Sí. No creo que vuelva a hacerlo. No por el momento. Ahora tengo que pensar en cómo me siento.

Luego, cuando me levanté de la cama, se cubrió de nuevo con la toalla.

—¿De verdad que no quieres quedarte a dormir?

—Me encantaría —mentí—, pero has reservado la habitación para ti. Y me esperan para cenar.

—Está bien.

Me acompañó hasta la puerta. Me despedí con un beso en los labios. Su boca era suave, pero no tenía vida.

—Espero que te cuides, R.

—Lo haré.

Bajé las escaleras con prisa, como si tratase de huir de algo que me perseguía. Afuera, el frío me golpeó en la cara. Había gente que gritaba, familias que paseaban y corrillos de jóvenes que caminaban de un lado a otro. Miré hacia la ventana del cuarto del segundo piso, iluminada por la mesilla de

noche que permanecía encendida. Pensé en qué estaría haciendo R. en aquel momento. Quizás llamase a alguna amiga a la que había indicado, por seguridad, el plan que había ideado para aquella noche. O tal vez telefoneaba a casa, a sus abuelos. O quizás permanecía en silencio, sobre la cama, sola en aquel cuarto congelado, mirando al techo.

Aún hoy, cuando el dolor bajo mi omóplato comienza a hacerse insoportable, recorro a la postura que ella me enseñó.

No he vuelto a saber de R.

Ahora que he escrito esto he comprobado que aún mantengo su contacto en la agenda de mi teléfono. Puedo ver su foto de perfil en Whatsapp, así que tampoco ella me ha eliminado de su teléfono. La foto es de su ojo que mira fijamente, seco, sin brillo.

Cuaderno de pornografía ARGUMENTADA

Para P. del todo

Nota del autor

Estos textos, que he definido como Cuaderno de pornografía argumentada, son un ejercicio de narrativa visceral y surgen de la reflexión tras conversaciones y debates que he mantenido con personas que tienen una visión reduccionista y moralista de las relaciones entre humanos. Es una posición que, si bien respeto, no comparto.

Modestamente me permito decir que los pecados, a los que la moral que nos envuelve clasifica en siete capitales, para mí se resumen en uno solo, que no tiene ni perdón ni redención posible: la hipocresía.

Si agrado, molesto, divierto, incomodo, excito o remuevo de alguna manera al lector de estas historietas, me daré por complacido. Solo la indiferencia será una frustración.

Rafa Ron (2013)

Rude awakening

Tal vez fue la sonrosada transparencia de sus párpados, acompañada del calor que sentía en su mejilla por el sol que ya se colaba por la ventana, el insoportable peso de su vejiga llena o la presión de su erección matutina contra el duro colchón de látex. Pero mientras intentaba abrir los ojos, algo hizo aparición y quizá fue lo que actuó como despertador: un intenso aroma a café y pan tostado lo inundaba todo.

Los párpados fueron abriéndose hasta permitir la entrada de luz directa, que se instaló sin pedir permiso en el fondo de su cráneo y con ello acudió a su memoria el primer recuerdo de la noche pasada. Demasiado cava, pensó. Las amebas descompasadas en las que se metamorfosearon sus ojos hicieron esfuerzos por conseguir una imagen enfocada y, milagro, apareció el paisaje de algodón blanco de la sabana bajera que a duras penas mantenía una textura uniforme. ¡Flash! Visión de dos cuerpos agitándose en una ardua pelea...

Movió la cabeza, que pesaba más que de costumbre, lo justo para descubrir en el aparente horizonte que resultaba el borde de la cama que, como un barco en la lejanía flotaba la bandeja auxiliar, sobre la que apreció un par de jarritas: café y leche supuso, dos tazas, fruta y un buen montón de tostadas de pan de cereales. Sin duda todo ello era la fuente del aroma que le llegaba. Unos grados más de giro en ese arrastrar de su cocorota y lo vio, como el sol que aparece cada mañana en el horizonte de una marina, pero no necesitó un segundo pensamiento para tener claro que se trataba de su culo. Aunque la perspectiva le impedía ver el resto, la imagen se compuso automáticamente. Allí a los pies de la cama estaba ella, la cara apoyada en el suelo, los brazos a los lados con las palmas de la mano hacia abajo, de rodillas, con la grupa ofrecida al final de la elegante curva que dibujaba su espalda con gracia felina. En silencio.

Su cuerpo empezaba a prestar atención a sus órdenes y consiguió sentarse en el borde de la cama, entre ella y la mesita que sostenía el coqueto bodegón del desayuno. Sus nalgas desnudas notaron humedad en las sábanas y... ¡bang!

La recordó mientras ella se corría derramando un surtidor de sus jugos en respuesta a sus embestidas, empapándose a sí misma, el vientre de él y la parte de la cama en la que ahora descansaba su trasero. La noche había sido intensa, está claro.

No la miró, no lo necesitaba, estaba en el sitio indicado y en la posición correcta; así lo quería él y así atendía su mandato. A lo que sí prestó atención fue a la bandeja y empuñó con la mano derecha la jarra de leche, con la izquierda tomó una de las tazas y se sirvió hasta apenas cubrir el fondo del recipiente. Hoy el chute de cafeína tenía que ser importante... ¡Maldito cava y qué ganas de mear! La vejiga pesaba y pesaba, pero aún podía esperar.

Cambió la jarra de leche por la de café y rellenó su taza casi hasta el borde. Se recreó en el aroma que trepaba hasta su nariz intensificado por el calor del líquido. Alargó la mano que sostenía la jarra y por primera vez miró directamente hacia ella, fijando su atención en su grupa, en su zona lumbar, justo en el punto intermedio de esos dos hoyuelos que adornaban la parte superior de su culo. Levantó algo más el brazo y vertió una gran cantidad del humeante contenido de la jarra. Hizo diana. Sólo hubo una rápida, casi imperceptible, respuesta muscular bajo la piel de la mujer: las costillas que ondulaban, haciendo danzar también los rosados trazos, temporalmente tatuados por la caricia brutal del flogger que había usado ayer con insistencia. Pero sobre todo, silencio: ese silencio impagable, valorado y exigido por él, que solo se alteraba por el susurro de la más atropellada entrada de aire en las fosas nasales de ella. Poco podría entrar por esa boca que casi sellaba la gagball que jamás había olvidado llevar exactamente como él ordenaba.

La jarra con el café restante volvió a la mesita, la mano de él atrapó un trozo de mantequilla, primorosamente presentado sobre una hoja verde para que se mantuviese fresca, aunque fuese ablandándose a temperatura ambiente. El café se había derramado siguiendo el cauce de su columna, la esférica rotundidad de sus nalgas, pero también por el desfiladero del culo, casi abrasando el ano y la vagina, que palpitaban con aparente vida propia. Hasta allí llegó la mano de él con la mantequilla, que aplastó y extendió por la piel enrojecida, en un obstinado viaje circular, para terminar entre el coño y el ojete de la mujer. Ella separó ligeramente las rodillas y arqueó algo más la espalda quedando más abierta y expuesta. A él no le costó nada que cuatro de sus dedos, a excepción del pulgar traspasasen el anillo anal y logró arquearlos dentro como si de un práctico asidero se tratase para tirar hacia sí, aproximándola al punto donde él estaba sentado. Ella colaboró dejándose

llevar.

Recordó la taza de su mano izquierda y mientras sentía cómo su ano aprisionaba sus dedos, con movimientos arrítmicos, interpretados como que aquella invasión no le estaba resultando indiferente, se recreó en un largo trago y bendijo Colombia por haberles regalado ese manjar. Dos o tres empujones le arrancaron un disimulado gemido, sirvieron para que la colocase de manera que su coño se alinease con su polla, que por la excitación y las ganas de mear ofrecía una dolorosa erección. No se entretuvo en preámbulos y se la metió de golpe tirando de la mano incrustada en su culo. ¡Joder! Estaba empapada, no habían empezado y ya notaba sus pelotas mojándose de sus fluidos al chocar en las repetidas embestidas que ella encajaba a pesar de que su rostro sufría apoyado contra el suelo.

Si algo le encantaba era que con esa doble penetración, sus dedos desde su culo, a través de la pared que separa ambas cavidades, le servían para hacer presa sobre el glande de su propia polla. Además hizo otra cosa: deslizó el pulgar en el coño para sentir el recorrido de su uña sobre el dorso de su erecto y dolorido pene.

Un vistazo de reojo le permitió ver que, a poca distancia de sus pies, estaba el vaquero negro que llevaba al llegar la noche anterior. Con un gesto lo alcanzó y tomó la hebilla del cinturón de cuero, tirando y sacudiendo para que se liberase de las trabillas. Lo hizo con su mano izquierda, pero eso no fue impedimento para que casi de inmediato estuviese asestando azotes certeros en las sonrosadas nalgas.

La regla de silencio fue violada al unísono por el chasquido del improvisado látigo y el bajo profundo de los ronquidos guturales que se atropellaban en la garganta. «¡Qué bien te lo estás pasando zorra!», pensó él en un segundo en el que volvían imágenes entremezcladas de lo que veía ahora y lo que había visto esa madrugada.

La presión de la vejiga era insoportable, casi tanto como lo doloroso de la erección tan firmemente aprisionada por el coño y la mano enculada de él. Él casi no se movía y era ella la que, embestida tras embestida, procuraba un delicioso cóctel de dolor y placer a sus, desde ayer, maltratados genitales.

Los sonidos inarticulados que ella emitía fueron en aumento e incrementaron el ritmo de la frecuencia, anunciando un orgasmo inminente, pero que no se produciría, pues el más grave pecado que podría cometer era correrse sin el permiso de él. Así que retiró la mano de golpe de su culo y ambos vieron ligeramente aliviada la presión, que sentían por diferentes

motivos, claro está. Pero sobre todo él, evitando que su próstata y vejiga reventasen en un suicidio en pareja.

Pero si liberó su mano fue porque la necesitaba en otra tarea. El cinturón dejó su papel de azote implacable para rodear y ceñirle cuello. No es lo que él prefería para sujetarla e impedir la respiración en una asfixia controlada (él atesoraba varios fulares y pañuelos que manejaba con más seguridad y destreza). Un golpe algo más brusco y un tirón cortaron la entrada de oxígeno, el pecho se agitaba, las costillas iniciaron un baile descontrolado, las marcas de los latigazos de ayer y las de la mañana componían formas caprichosas perladas de gotas de un salado y frío sudor que él se agachaba a lamer con deleite de su espalda. Él levantó su culo del borde de la cama, elevando el ángulo en que su polla la penetraba, en un dogging de brutales golpes de riñón...

Pasaron segundos frenéticos, estirándose en una deformada percepción del paso del tiempo, pero él, que ceñía con firmeza el lazo de cuero en el cuello pese al dolor de las ganas de mear, de la erección ardiente y ahora a la tensión de mantenerse en esa exigente semiflexión de piernas en la que la cabalga, esperó un gesto convenido que anuncie la explosión del placer de la hembra y solicite su permiso para correrse.

De algún recóndito rincón de su garganta y casi imperceptibles se escucharon sus primeras palabras esa mañana:

—Por favor señor... —a la vez que levantaba su mano izquierda ligeramente.

Él, atento, enseguida respondió un seco y masticado «córrete puta» mientras su mano liberaba la presa de piel del cuello femenino.

No encontraba espacio el aire para entrar en sus pulmones, se tropezaba con los gemidos y gargarismos, glosando lo que ocurría más abajo, donde su coño se desparramaba en un torrente de cálido squirt que bañaba sus muslos, las pelotas de él, el suelo y parte de la ropa de cama que colgaba. Fueron tal vez diez o quince, o quizá veinte o treinta segundos de paroxismo entre el dolor y el éxtasis, pero pareció como si el tiempo se detuviese para ambos.

Ella cayó de bruces al suelo, él se dejó caer sentado de nuevo sobre la cama...

Con una lentitud en la que ambos se recrearon, ella se incorporó sobre sus rodillas y a cuatro patas se volvió hacia él. Dejó su cara descansar sobre uno de los pegajosos muslos del varón y con una voz casi infantil preguntó:

—¿Mi señor no va a correrse? ¿No ha disfrutado follándose a su puta?

Él acariciaba su corto cabello como si fuese el de una mascota querida. Negó con la cabeza con media sonrisa en los labios.

—Mi señor lleva días privándome de su leche. ¿Tal vez no la merezco? Pero me hace tan feliz ver cómo se corre mi señor sobre mí. Sería un regalo, del que no soy digna, si lo hiciese en mi boca o dentro de mi culo.

Mientras negaba de nuevo con la cabeza, él le dijo:

—Mi leche te la reservo para esta noche. Aún no he terminado contigo. Además con estas ganas tan atroces de mear, de haber querido, no creo que hubiese podido.

Entonces ella reparó en la brillante cabeza de su glande. Seguía manteniendo una agónica dureza.

—Mi señor debería aliviarse —dijo.

—Como quieras.

Y relajando con un dolor infinito sus esfínteres, dejó que un surtidor de su erecta polla se precipitase sobre la piel de la espalda y las corvas de ella, que se apresuró a acercar su cara mientras cerraba los ojos y se empapaba de su pis.

Él terminó con un hondo suspiro, sustituyendo el dolor punzante por una reconfortante relajación.

—Gracias, mi señor —respondió ella, y abandonó el cuarto a cuatro patas para de inmediato meterse en el baño.

Él se levantó, se sirvió más café y untó mantequilla en un par de tostadas que comió en dos o tres bocados con voracidad. Al otro lado de la pared se oía el sonido del agua en la ducha. De un golpe certero que demostraba práctica, soltó la ropa de la cama y la arrojó al suelo, sobre el charco de fluidos tan apasionadamente vertidos e, improvisando una mopa, lo secó lo mejor que pudo. Hizo un hatillo con aquello y abriendo el baño lo depositó en el cesto de la ropa sucia. Tras la mampara de la ducha se veía la danza de la higiene del desnudo cuerpo de ella.

Volvió a la habitación y continuó con el desayuno. Realmente estaba hambriento, suma de la resaca que aun tenía de la movida noche anterior y del polvo relámpago con el que inauguraron el día.

Se volvió al sentir la puerta del baño y ella entró vistiendo su impecable traje chaqueta, acomodando los cuellos que asomaban de la camisa azul celeste. Estaba preciosa con el pelo corto, mojado, que dejaba que se secase al aire. Al pasar junto a la mesita, se agachó para coger un reloj y, en ese momento, sonaron timbales de guerra y una estampida de un solo animal entró

en el cuarto como un bólido contra él. Ambos cayeron juntos sobre la cama.

—¡Papá, mamá! Hala, ¡qué morro! ¿Estáis desayunando en la habitación...? ¿Por qué yo nunca puedo desayunar en la habitación y vosotros sí, eh, eh, eh?

Ella miró con una sonrisa pícaro al bulto humano de la cama y dijo:

—¡Tan bestia como tu padre!

En ese momento otra figura pasó a la habitación:

—Mira que eres pesado. Ya te dije que no entraras en la habitación de papá y mamá. Lo siento, se escapó corriendo.

—¿Puedo ver la tele aquí? ¿Me dejas, eh? —dijo el meteoro infantil.

Ella se afanó atrapando un bolso, unas llaves, el portátil en su funda y una gabardina ante los escrutadores ojos de él, del niño y de la niña, que se habían unido al abrazo a tres sobre la cama.

—¿Qué te apetece que haga hoy para comer? —preguntó él.

—Sorpréndeme, siempre lo haces y me gusta.

Y mientras se acercó al terceto, se volvió sobre él y al oído muy bajito con aquella voz casi infantil le dijo:

—Mi señor, comeré lo que os plazca, pero espero esta noche me agasaje con el regalo de vuestra leche.

Y con paso decidido, lanzando besos al aire, salió de la habitación dejando un amasijo de niños y adulto que camuflaban los restos de la pasión que sucedió y que seguro, a su regreso, tendría continuación en unas pocas horas.

Epílogo

«Nos habéis hecho muy felices. Somos muy felices».

Un texto escueto que no pesaría apenas en un correo electrónico. Con un par de destinatarios. Un «clic» y el mensaje salió raudo en pos del ciberespacio.

Volvió la mirada al otro lado de la mesa y la detuvo sobre las cartas que estaban esparcidas, unas dentro y otras fuera de sus sobres. ¿Qué habría sido de su relación si en aquel entonces de separación física hubiesen contado con estos inventos? Los e-mail, mensajes instantáneos, SMS, videoconferencias y otras cosas por el estilo hacían parecer aún más vieja su colección de epístolas amorosas.

Recordó la inquietud en la diaria visita al pie del buzón para averiguar si en el fondo esperaba una misiva. Ríos de tinta fluyeron en ambas direcciones. Y las conversaciones telefónicas, aquellas llenas de cortes en la línea, de cruces, de interferencias, con unas tarifas que castigaban su raquílica economía de entonces. A veces solo para charlar sobre trivialidades, para decirse que se echaban de menos o para atajar el deseo en entrecortados diálogos, plagados de susurros, de frases masculladas entre dientes, que se apretaban, con sonidos y onomatopeyas cuyos códigos para descifrarlos sólo los conocían sus oídos y sus caricias.

De qué manera cambia todo, pero ambos estaban seguros de que, de haber contado con estos avances, en el fondo los mensajes seguirían siendo los mismos.

El suyo no fue un amor a primera vista, ni simpatizaron con facilidad. Tampoco faltaron los obstáculos, ni quienes se opusieron a su historia. Pero como dice más o menos un dicho árabe, «el amor y la tos no pueden contenerse».

La pantalla del ingenio informático manifestó, con un texto, que el mensaje había sido enviado con éxito. Sonrió complacida.

Devolvió las cartas a la caja de donde las había sacado aquella mañana,

todas a excepción de un montoncito, que sujetó con una goma y que fue a unirse a otro de fotografías que había seleccionado entre los cientos que coleccionaban. Fueron a parar a una anticuada caja de marquetería, que le encantaba a su hija mayor y que cerró con un pequeño candado al que dejó la llave puesta.

Todas las demás imágenes y cartas aterrizaron en la chimenea del salón de la coqueta y tradicional casa rural en la que se encontraban. Lo que les decidió a escoger esa fue la galería-mirador, de inmensas cristaleras y que, orientada al norte, ofrecía una vista sobre el mar. Uno parecía estar en el puente de un navío en plena singladura por el océano.

Se oyó una voz desde la galería:

—¿Quieres que te ayude?

—No, tranquilo. Ya me arreglo sola.

Utilizó una abundante cantidad de líquido inflamable para chimeneas, estufas y barbacoas para empapar la pila de recuerdos impresos y, por eso, le bastó una sola cerilla para que todo quedase envuelto en llamas enseguida.

Mejor así, pensó. Sin sus protagonistas para explicarlas, todas aquellas letras y retratos serían difíciles de entender o no tendrían ningún sentido para quien se las tropezase. Eran suficientes las que se salvaron de la quema, para sus niños, a quienes llegarían tarde o temprano.

Los niños, que ya eran los padres de sus nietos. Qué distinto pasa el tiempo según para quién. De ese modo, para ellos se había congelado en lo que a sus herederos se refería. Niños los tuvieron y niños serían a sus ojos hasta el final.

—Ten cuidado de no quemarte. Si ya ha prendido, pon la rejilla de seguridad, no vaya a saltar una chispa o caer fuera una brasa.

Ella sonrió. El mismo «controlador» de siempre. Sin duda ese era el rasgo fundamental para entender su carácter. Más que autoritario, siempre había sido un hombre al que le gustaba ser quien manejase totalmente, fuese lo que fuese que hicieran. Adoraba contemplarlo, abstraído en la colocación de los utensilios de cocina que emplearía para elaborar alguna receta. Recordaba también su gusto por dejar preparados con anterioridad al viaje, itinerarios, planes y planos. Pero sobre todo era muy escrupuloso en lo referente a todo cuanto iba a usar o anticipaba que fuese a ocurrir en sus sesiones de juegos íntimos o privados. Esos ritos de liturgia pagana, para la celebración de su pasión y su amor. No es que no hubiese espacio para la improvisación o el arrebató, pero se complacían con el cortejo, los preparativos y la espera, que

culminaban en encuentros a millones de años luz de lo cotidiano y la rutina. La dicha compartida aumentaba su intensidad de forma exponencial.

Sacudió la cabeza, no podía permitirse ahora perderse en un torrente de remotos —otros no tanto— recuerdos hermosos. El tiempo se había llevado la mayor parte de lo malo pero, además, con lo negativo ellos habían aprendido a construir mucho bueno.

El sol, que ya de por sí en esa estación seguía una trayectoria baja, descendió casi a nivel del horizonte. No quedaba mucho tiempo. Acercándose a la cómoda recogió dos objetos, uno en cada mano. Salió del salón al mirador y se colocó a su lado. Le veía el rostro de medio perfil.

—¿Te parece el momento ahora?

—Espera, el cielo está tan despejado que tal vez hoy podamos, al fin, ver «el rayo verde» —y se le escapó una risita.

Sabía que reía por una vieja broma privada, sobre esa leyenda que se narraba en una novela de Julio Verne. Aquellos que contemplen juntos el último rayo de sol al desaparecer bajo la línea del horizonte marino, se enamorarán con un amor verdadero, si ese destello es de color verde. Le encantaba esa historia y se la contó primero a sus hijos y luego a sus nietos. Y añadía al terminarla: «Pero nosotros no necesitamos ningún rayo de colores, por eso se lo dejamos a los demás».

La tarde refrescaba y sintió frío. Del respaldo de la butaca tomó una manta, que puso sobre sus hombros; lo que portaba en la mano izquierda fue a parar sobre la tapicería del asiento. Una preciosa antigüedad. Concretamente, una navaja de barbero, de cachas nacaradas, de color negro, que contrastaban con el pulido brillo acerado de la hoja y los remaches sobre el mango.

Desde el día en que la compraron en aquella tienda, durante un viaje, ella quedó encargada de afeitarse el cráneo y la cara. Con qué aguante se sometió a los primeros rasurados, en los que no faltaron los cortes. Quiso convencerle de que mejor no continuar con el aprendizaje, viendo el escarnio al que lo sometía. Pero él encontraba en aquella peligrosa intimidad una situación de gran erotismo. Finalmente adquirió la maestría precisa y agradeció mucho la confianza que le había demostrado.

El sol se zambulló bajo las aguas.

—Otro crepúsculo sin rayo verde. Mejor, que espere a quien lo necesite, ¿verdad, amor? En fin. Cuando quieras. Todo tuyo. Del todo.

De pronto el objeto de su mano derecha pareció pesar una tonelada. Le costó levantarlo y lo acercó a su cabeza, a cámara lenta. A pocos centímetros

por detrás de su oreja derecha y apuntando ligeramente hacia arriba.

El disparo hizo menos ruido del que imaginó. Como el que produciría un libro grueso al ser cerrado de golpe, con ambas manos. La cabeza cayó ligeramente adelante y se ladeó a la izquierda. Un pequeño orificio y muy poca sangre, tal como le había prevenido y explicado para tranquilizarla, pues esperaba algo más cruento y desagradable.

Se trataba de un pequeño revólver del calibre veintidós. Casi una pistola de juguete, sentenciaba él. De cinco disparos. Había llegado a sus manos por una casualidad hacía mucho atrás. Se la quedaron, sin tener un motivo concreto, ni mucho menos intención de darle uso, aunque al final no fuese así. Estaba entre los enseres de un pariente fallecido y lo descubrieron cuando la familia les encargó supervisar las exequias.

Le explicó, con todo lujo de detalles, como era habitual, que un arma de ese calibre y potencia no conseguiría un orificio de salida, por eso la bala rebotaría en el interior de la cabeza y produciría una muerte rápida e inevitable. Puede que todo esto se lo contase, para tranquilizarla o para hacerle más fácil ejecutar la «orden», como era preceptivo en su ancestral reparto de poderes y roles. Ella quiso ser fiel a su condición y aceptó cumplir con lo exigido. Todo sucedió como «mister control» había pronosticado.

Quizás podría haberse negado a ser verdugo y decir que lo hiciese él mismo. Pero también tenía claro que él no hubiese sido capaz de realizar lo mismo con ella. Quien la había tratado con tanto rigor y dureza en numerosas ocasiones, pactadas, no habría podido causarle un daño cierto e irreparable. Jamás.

Acercó la butaca a la suya, depositó la pistola en el suelo a sus pies, junto a la taza de café que antes él apuró mientras contemplaba el ocaso. Recuperó la navaja del asiento. Retiró la manta de sus hombros y la puso tapando las piernas de ambos. Lo miró de cerca a los ojos. Abiertos y solo algo más vidriosos que de costumbre. Sus labios se juntaron en un ligero beso.

Se acomodó en el respaldo mirando al mar.

La fría hoja quemaba en la piel, dejando pálidas líneas de la que brotaba una sangre carmesí. Sangre caliente que se llevó el calor del brazo, del pecho y la hizo marearse y comenzar a tiritar. Estrechó la mano aún tibia de él.

A sus ojos, mar y cielo se fundieron sin horizonte que los separase, haciéndolos una sola cosa...

En la pantalla del ordenador, una leyenda avisó de un mensaje recibido:

«Nosotros también os queremos.
Muchas felicidades en vuestro cuarenta y cuatro aniversario juntos.
Vuestros hijos y nietos».

Karma mantis

Si como dicen algunos Dios está en la lluvia, entonces al menos un ángel de la guarda está en la ducha.

El agua tibia recorría su cuerpo y se contoneaba, buscando que alcanzase cada centímetro de su piel. Sus manos transitaban sin prisa sus formas. Se detuvieron algo más en su sexo y en la cara interna de sus muslos, esforzándose en eliminar todo rastro de los fluidos que él había vertido sobre ella. Sonrió recordando cómo se había vaciado. Se le escapó una traviesa risita.

Volvió a concentrarse en el agua y dejó volar su memoria, muy atrás en el tiempo. Lejos, a una aldea en la región de la Antioquía colombiana. Su tierra de nacimiento. Nunca sintió ningún patriotismo más allá. No parecía ni se tenía por una indígena, como sus hermanastros y primos. De ello era culpable su cabello rubio, herencia de su padre biológico, un ingeniero alemán por allí desplazado que preñó a su madre. Le pasaba igual que a ella: desde pequeñas, ambas tenían cara de «tú» y cuerpo de «usted». Por eso el profesional no tuvo escrúpulo alguno en encamarse con la «indita» que su padre le ofrecía a cambio de unos pesos con los que comprar aguardiente. El resultado llegó nueve meses más tarde, en forma de la que sería con el tiempo una preciosa mujer, de pelo dorado, piel canela y pezones de bronce.

Pronto se convirtió en el «patito feo» de la aldea, seguro que por las envidias despertadas. Sus hermanastros, de al menos dos parejas posteriores de su mamá, le encontraron pronto apodo, la «alemanita» para más mofa; solían pedirle que hiciese honor a su mote y les obsequiase con una «hale, manita», para que los masturbase. El asco sustituyó al afecto en su corazón.

Unos años después cambió ser una extraña entre los suyos por sentirse una extranjera entre extraños, y se fue a España.

Abriendo la boca dejó que el agua se la llenase. Estaba demasiado caliente para tragarla, pero era agradable guardarla dentro, sabiéndola limpia y clara, no como la putrefacción que corría arroyo abajo, por detrás de la

chabola donde vivían hacinados. Todo lo que la comunidad desechaba, terminaba en aquel riachuelo. La pestilencia era insoportable. Por eso no dejaba de dar gracias cada vez que se sumergía en el baño o gozaba de una reconfortante ducha.

No tenía prisa, pero decidió cerrar el agua y salir de remojo. Al secar su entrepierna descubrió que un líquido blanquecino rezumaba de su sexo. Sabía que era una mezcla de sus propios fluidos y de semen del varón. La anticoncepción no era un problema para ella, no podía quedarse embarazada, la habían vaciado de joven. Fue a consecuencia de las secuelas de un aborto, realizado en condiciones penosas, que le causó una grave infección que casi le cuesta la vida. No era ni promiscua ni imprudente. Sus primos y, al menos, dos de sus hermanastros la violaron una tarde, en venganza por tanto desplante y negativa a ser su chapera particular. Era muy difícil escapar o esquivarlos eternamente, en la estrechez de su hogar.

Las enfermedades de transmisión sexual tampoco la preocupaban demasiado, portadora como era del virus de la hepatitis C y seropositiva, desde casi su aterrizaje en la península ibérica. Engañada como tantas, su primera ocupación fue la prostitución. Dos años, a caballo entre la calle Montera y la Casa de Campo de Madrid, dan tiempo para pasar por la piedra a muchos clientes. Pagaban más por follar sin goma y la necesidad apremiaba.

Tenía que reconocer que no todo en aquella época fue malo y hostil, pues también entonces y en esas condiciones le conoció a él. Su marido. Su rescatador que nunca se portó como un cliente al uso. Se la llevaba a comer medio menú a una tasca de la calle Fuencarral y le pedía que le hablase de cómo era su país, su casa, y cómo vivía allí. Nunca la tocó antes de su enlace.

Al juzgado, a casarse, él fue enamorado de la rubia de los ojos color miel; ella fue agradecida al hombre que por primera vez la trataba con respeto, algo que no había conocido jamás. Gozaron juntos de algo menos de dieciocho meses de plácida y armónica convivencia marital.

Un día, mientras cumplía con las tareas domésticas, sonó el teléfono. No pudieron hacer nada por él después de que se precipitase de un andamio mal asegurado y sin llevar arnés alguno. Doce metros que resultaron fatales. El seguro y la empresa fueron muy generosos; preferían cerrar pronto el asunto y no airearlo demasiado. De ese modo, a una edad entre los diecinueve y los veinte (no tenía seguridad del día y año en que había nacido) se convirtió en viuda.

La indemnización y la paga de viudedad resultaron en principio una

tranquilidad y no necesitó volver a la calle, pero tampoco daba para grandes alegrías. Así que cuando vio el anuncio de la academia, que publicitaba cursos para preparar accesos a empleos en la administración, no lo pensó. Mejor hincar los codos para estudiar que doblar las rodillas para mamársela a un borracho.

Se miró complacida en el espejo del baño, que se desempañaba poco a poco, a medio vestir con la ropa de trabajo. Quien con verde se atreve, por guapo o guapa se tiene, pensó.

Entró en la habitación contigua mientras se abrochaba y componía, remetiéndole los faldones de la camisa en el pantalón. Él seguía con los ojos abiertos, mirándola, pareciendo empeñado en seguirla mientras recorría el cuarto. Se acercó a él y con un dedo recorrió su abdomen, la tableta de músculos que había exhibido con orgullo al desnudarse ante ella hacía tan solo unas horas. Alargando la mano, le cogió la polla y acercándola a los labios depositó en ella dos besitos tiernos. Él miraba con congelada expresión. Le regaló un beso más y luego arrojó el miembro amputado al suelo, junto a un par de orejas, unos testículos, dedos de manos y pies, una lengua y unos curiosos pellejos que, por contar con unos pelitos que se identificaban como pestañas, debían de ser los párpados. Por eso la insistencia en la mirada del cadáver.

La visión de todo aquel surtido de casquería humana era terrible, pero peor era aún al darse una cuenta de que algunas piezas estaban ceñidas por bridas de plástico, de esas que se usan en trabajos eléctricos. Era el caso del escroto, con sus testículos dentro, el pene y la lengua. Tanta molestia por parte de la matarife no debía ser casual.

Ella mostraba una frialdad glacial en medio de aquella dantesca escena. Se limitó a recolectar del suelo las ropas con las que había llegado vestida y las metió en una bolsa de viaje, en la que había guardado la muda de recambio. Se supone que venía preparada para pasar una tórrida noche de sexo sin límite. Era ropa de depredadora sexual, de buscona, de putón cachondo, que no de puta; nunca se la podría haber permitido en aquella etapa. Ya no la necesitaría más y no quería dejar rastros. Era el atuendo que cuadraba con su identidad en la red social en la que contactó con él. Su nick, @KarmaMantis: su avatar, una foto de su espalda, más allá de donde pierde su nombre. Miel para atraer moscones.

Recogió un par de prendas más para completar su ropa de trabajo y miró hacia arriba, donde un espejo lo espiaba todo, detalle apropiado para un

picadero de chulazo como era aquel. Qué terrible debió de ser para el finado ver toda la secuencia, mutilación tras mutilación, sin poder cerrar los ojos para evitar el reflejo de su propia muerte.

Al revés, desde las alturas, la miraba la sargento Expósito de la Guardia Civil. Carmen Lucía de nombre. Los esfuerzos dieron su fruto y consiguió entrar a formar parte del benemérito cuerpo y, gracias al empeño, el rigor y la discriminación positiva para con las mujeres, pudo promocionar hasta el rango de sargento. Quién lo diría: pensionista y funcionaria, segura y en un cuerpo de seguridad, ella, hija de la necesidad y la precariedad absoluta.

Improvisó un moño para colocarse la gorra con su melena dentro. Se ajustó el cinto, del que no pendían armas. La esperaban en el armero del cuartel. Por último, se calzó sus casi sempiternos guantes, prenda que usaba pues no se sentía cómoda mostrando sus manos, que sufrían en los dedos las secuelas del castigo que su madre le aplicó hacía ya una eternidad. Celosa por el modo en que la miraba uno de sus padrastros, al saber del embarazo de Carmen Lucía, la obligó a poner las palmas sobre la estufa que calentaba su precaria casa. Cuando descubrió que habían sido sus hermanos y primos los responsables, no tomó medidas tan drásticas con ellos. Bastó una reprimenda. Allí quedaron sus huellas pegadas al abrasador metal; por eso, también estaba segura de no dejar vestigios «digitales».

Se puso sobre el uniforme una parca holgada y larga, se cubrió la cabeza sobre la gorra con la capucha y sin mirar de nuevo atrás salió del apartamento. Poco después caminaba calle abajo, respirando el frío de la madrugada. Cuando creyó que se había alejado lo suficiente, depositó en un contenedor de basura su maletín de viaje con las ropas descartadas. Pronto pasaría el camión de la basura y serían historia.

No pudo evitar dedicar un minuto a pensar en qué modo reaccionaría la mujer del ligón amputado cuando alguno de la brigada criminal o un compañero guardia suyo le comunicase de qué manera y en qué sitio había terminado su marido. ¿Quizás se alegrase?

Caminaba ligera, aliviada, no por haber soltado la bolsa, que no era una carga penosa, sino por la sensación del deber cumplido al finalizar una tarea obligada.

En su cabeza se rebobinó la película de las semanas anteriores. La casualidad, el destino kármico, que la había puesto en un camino coincidente con el muerto.

El cajero había decidido desayunarse su tarjeta y la tragó. Acudió al

interior de aquella oficina del centro para recuperarla. Un solo vistazo fue suficiente para que él, atraído por su físico, se apresurase a ofrecerse a ayudarla. Prototipo de macho alfa, en permanente estado de celo dispuesto al intercambio de fluidos, la invitó a sentarse en su mesa y operó en el PC. Al desaparecer el protector de pantalla, apareció la página de una red social, concretamente la del perfil del titular de la cuenta. La foto de su avatar era un hombre con el torso aceitado, con correajes militares, blandiendo un machete en una mano y la polla erecta en la otra. A pesar de las gafas de cristales espejados y el casco militar de atrezzo, se identificaba con facilidad al bancario. Él se disculpó con media sonrisa y demoró un par de segundos más la operación de cerrar la ventana, seguro que para deleitarle a ella con tan patética y grosera visión. Para más inri, el nick estaba al altura: @Sgto_Mayor_Pennis. Triste. Muy triste.

—Será un segundo.

—Sí, por favor, tengo un poco de prisa; si no le importa...

En ese instante entró en la entidad una mujer, con una niña de unos dos años en brazos. Bien vestida, con gusto y buena figura, pero con una cara de expresión triste y cansada. Un empleado, desde otra mesa, la saludó con simpatía.

—Ahí lo tienes, a tu maridito, menudo figura el tío.

—Sí, gracias, ya lo veo.

Se acercó a la mesa, pidiendo disculpas con el gesto y con un ademán de su mano.

—¿Tienes un segundo? Perdón.

Sin responder, él se levantó con una velocidad desproporcionada y, agarrándola por el brazo, se la llevó a unos metros de la mesa. No tan lejos como para que la conversación no pudiese escucharse desde su asiento.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Qué te tengo dicho de venir a molestarme al banco? ¿Crees que vengo a pasar el rato...?

—Tengo que llevar a la niña a la pediatra, no termina de bajarle la fiebre y se queja mucho de la garganta. Iría en mi coche si no lo hubieses estampado la noche pasada cuando volvías tan tarde de esa reunión que me explicaste...

—Vale, vale... No me cuentes tu vida. Toma...

Las llaves se estrellaron contra el pecho de la madre, que las agarró como pudo, cargada como estaba con la niña. La pequeña no recibió ni atención ni comentario alguno del padre, que obvió a la criatura y su malestar.

—Antes de la hora de salir quiero el coche en el parking. No me

busques...

—Perdone —dijo mientras se sentaba de nuevo sin despedirse de esposa e hija.

Volvió a convertirse en el coqueto y fatuo @Sgto_Mayor_Pennis.

Uno tiene que estar en todo, a todo y para todos... las hay que no tienen consideración con el trabajo de los demás... bla, bla, bla.

En cuanto le entregaron la tarjeta se escapó con prisa y asqueada con el personaje, maldiciendo el momento en que se le ocurrió sacar dinero de aquella dichosa oficina.

Un par de meses después, mientras comía sola en casa viendo las noticias, se pusieron a hablar del drama de los desahucios y el conflicto de las preferentes, con las que habían sido estafados cientos de ahorradores. Al parecer se produjeron altercados en ciertas oficinas de un conocido banco y allí se personaron decenas de periodistas a cubrir la noticia.

Tardó pocos segundos en reconocer la sucursal donde el cajero atrapó su tarjeta. Allí, un hombre mayor, casi un anciano, de rasgos marcadamente latinos, vociferaba ante las cámaras. Era uno de los doblemente afectados. Por un lado, era cliente de acciones preferentes que se habían llevado todo su ahorro y, por el otro, estaba afectado como avalista de la hipoteca de su hijo a la que no podía hacer frente, pues su dinero se esfumó en la otra operación. Estaba a punto de perder también su casa.

Llamó a gritos a los periodistas congregados y, sacando un cuchillo de cocina de grandes dimensiones, empezó a asestarse puñaladas en el vientre de forma enloquecida. Era un espectáculo horrible, que alguien contemplaba con una sonrisa al otro lado del cristal blindado. El Sgto_Mayor...

Se le revolvió el estómago, pero terminó por vomitar cuando minutos más tarde apareció dando declaraciones a un redactor, justificando y defendiendo a su entidad y al sistema financiero y bancario. Las entidades no engañan, ni ponen una pistola en el pecho a nadie para que contrate o adquiera tal o cual producto. Sentenciado quedó al afirmar, seguramente buscando ganar méritos con su empresa, que los bancos habían sido muy generosos y confiados con todos aquellos que se «colaban» de afuera en nuestro país, y se les había facilitado crédito. Que no habían sido previsores y que ahora le tocaba a las entidades preocuparse además de por sus intereses, también por los de los clientes más solventes y juiciosos. La sonrisa que ofreció a la cámara al despedirse fue la gota que colmó el vaso.

Encontrarlo en la red social conociendo su nick fue muy sencillo. Que

comenzase a seguirla en su identidad de ninfómana virtual, más aún. El Sgto_Mayor y Karma_Mantis parecían hechos uno para el otro en el terreno más volcánico de las relaciones íntimas. Acordaron un encuentro. Ella insistió en que pudiesen pasar toda la noche juntos. Tenía ganas de hacer maniobras con el suboficial del placer.

Cuando se vieron no pareció reconocer en ella a la chica que una vez atendiera en el banco y ella lo celebró. Copas por la ciudad, una cena en un restaurante coqueto, más copas; ella se preocupó de que él bebiese lo suficiente. Terminaron en el apartamento, el picadero que varios personajes del banco, de idéntica calaña, habían alquilado para tener a su disposición en estas lides.

Él tenía prisa por meterse en faena y en ella, pero el exceso de alcohol le ponía impedimentos para armar su fusil. Sin disimulo sacó una de esas pastillas azules, la partió a la mitad y la tragó ayudado con medio vaso de agua.

—Estoy seca, déjame tomar un último trago. ¿Qué tienes por ahí?

—Creo que hay cava en la nevera...

—No te molestes, ya miro yo.

Se le adelantó y llegándose al frigorífico cogió una botella que abrió y sirvió dos copas, pero no sin antes verter en la que le ofreció al hombre un chorro de ketamina, con la que se había hecho en una redada en una zona de copas y botellón. Le alargó el trago y él lo vació de golpe, mientras ella pronunciaba un picante brindis.

La viagra cumplió con su cometido; la erección llegó y no le quedó más remedio que dejarse follar por aquel impresentable. Desconectó, como hubiera hecho en otros tiempos en la Casa de Campo. Terminó pronto, quizás la keta tuvo algo que ver. Comenzaba a decir cosas incongruentes. Estaba patético, balbuceando, desnudo sobre la cama con la polla aún erguida.

Se levantó, fue a la cocina. Hubo suerte, encontró un rollo de cable de antena y, mejor aún, una bolsa de bridas plásticas de un tamaño importante; parece ser que habían estado instalando una parabólica para ver fútbol y porno gratis, seguro. En el cajón de los utensilios no había mucho menaje, pero sí unas tijeras de cocina multicorte, de gran tamaño.

Seguía igual que lo había dejado. Mientras le amarraba muñecas y tobillos a las patas de la cama dijo algo de: «Mira, la niña mala que quiere jugar... qué gatita traviesa...». No le prestó atención y se alegró de que se lo estuviese poniendo tan fácil.

Se le sentó encima a horcajadas. Le lamió la boca y le dijo al oído: «Saca la lengua, quiero morderla». A él le debió de parecer sugerente la idea y sacó casi un palmo de hinchada lengua. La rodeó con un lazo hecho con una de las bridas y lo ciñó con toda la fuerza que fue capaz, mientras sujetaba la punta de la lengua del macho con sus dientes. Aulló como pudo de dolor. Luego los sonidos eran ininteligibles y la saliva se le escapaba por las comisuras, incapaz como era de tragar.

Se giró sobre sí misma y estranguló, en sendos paquetes, testículos y pene. Quedó tremendamente satisfecha con sus «torniquetes». El sangrado se produciría tan lento como deseaba.

Volvió a la cocina y bajo el fregadero topó con un botellín de amoníaco. Estaba claro que los tipos tenían a alguien que les limpiase el picadero; no habrían equipado el set de limpieza con tanto acierto por iniciativa propia.

Tijeras en mano se sentó de nuevo sobre su pecho, desnuda y sudando de nervios. Le pasó el bote abierto bajo la nariz y los vapores del limpiador parecieron sacarlo un poco del sopor. Le pareció suficiente y tomando entre el índice y el pulgar de la mano izquierda el párpado del ojo derecho, mientras él bizqueaba intentando enfocar la vista, lo cortó de una vez usando la tijera. Bramó a pesar de la lengua prisionera. El otro ojo fue tratado igual. Entre las lágrimas y algo de sangre, él se vio a sí mismo reflejado en el espejo del techo. Comenzaban el horror y el dolor. Siguió la lengua amoratada y que parecía reventar. Luego los dedos de manos y pies, para lo que empleó la parte de la hoja de la herramienta pensada para mariscos y huesos. Por último, con su víctima retorcida y en shock por el dolor y el miedo, se deslizó abajo para colocarse entre las piernas y convirtió en un buey al buen toro bravo. El corte fue por encima de la brida, con lo que la hemorragia fue copiosa y le empapó el interior de los muslos. Cada vez se movía menos. Previó el final y sin pensarlo más cortó de una vez el pene ya ennegrecido. El estertor final acompañaba el río de sangre y los ojos abiertos por obligación se volvieron vidriosos y sin expresión. Ya está, pensó. Tiró el miembro amputado sobre la musculosa barriga. Entró en el baño. Se acercó a la ducha y abrió el grifo. Tanteó la temperatura con la mano. Estaba perfecta, ni fría ni caliente. Se colocó bajo el chorro y pensó para sí: «Si hay quien dice que Dios está en la lluvia, entonces el ángel de la guarda está en la ducha...».

Esposados desatados

Se podía decir casi de todo sobre la estancia menos que fuese acogedora. Descarnados muros de hormigón, tan solo disfrazados por una cubierta de pintura, gris para tapar el gris original. Un techo decorado por el cableado visto de dos tulipas formadas por ocho tubos fluorescentes, excesivos para una superficie como aquella y que zumbaban con odiosa insistencia. Como mobiliario, una mesa metálica en el centro, escoltada por dos sillas también de metal que, como la primera, tenían todos sus ángulos y aristas redondeadas. Además, el interiorista debía de estar muy seguro de la distribución pues las tres piezas estaban ancladas al suelo también de hormigón pintado, eso sí, en un negro mate que devoraba toda la luz que le llovía de lo alto.

Hasta ese momento únicamente disfrutaba de ese entorno tan sobrio un hombre vestido con camiseta, pantalón vaquero sin cinturón y en calcetines, sin calzado alguno. Permanecía sentado en la silla situada frente a la puerta, única comunicación con el exterior. Era también metálica, de inusitada robustez y junto a la manilla contaba con un teclado de nueve dígitos, de modo que solo la combinación adecuada permitía abrirla.

El quimérico inquilino se acomodaba lo mejor que podía en su espartano asiento y por momento se frotaba las muñecas, tanto por nerviosismo como por la molestia de portar unas esposas de acero fuertemente ceñidas.

Treinta y tantos, delgado aunque fibroso, de estatura media, pelo y barba del mismo rango militar, ojos negros y la nariz rota como de boxeador, aunque por lo desigual de las orejas de soplillo bien podría ser un jugador de rugby o un luchador. Todo esto le daría un aspecto más fiero si no fuese por la boca, que es la verdadera protagonista de ese rostro. Labios gruesos y carnosos, bien dibujados en el marco del vello facial, dentadura perfecta. Seguramente capaz de producir sonrisas deliciosas, pero ahora no había humor para ello.

Un zumbido electrónico seguido de un clic se antepuso a la irrupción en el cuarto de otro varón que venía sobrado de ímpetu y testosterona. Más o menos de la misma edad que el otro, pero este más alto y fornido, de pelo

largo peinado hacia atrás en ordenadas líneas marcadas con gel fijador, sin vello facial más allá de unas perfiladísimas y afiladísimas patillas. Nariz aguileña y ojos grises de ave rapaz, remarcado todo esto por unas cejas en V invertida como las de aquel presidente del gobierno. La boca sí ya de labios finos, convertida en un tajo por lo apretado de la cuadrada mandíbula.

Si bien podría ser un hombre atractivo, también podría uno pensar nada más verlo: «Menudo hijo de puta». Vestía vaqueros, botas de motero tipo Sendra, un ancho cinturón de cuero de importante hebilla, un suéter negro de cuello alto y, sobre él, una cazadora de cuero que le encantaría a cualquier fan de las Harleys.

Cerró puerta tras de sí con un portazo y enseguida vociferó: «¿Quién cojones te ha dicho que puedes sentarte?».

El otro, como un resorte, se puso de pie y titubeando intentó decir: «Yo es que pen...».

No pudo terminar. Una mano que llevaba unos papeles enrollados le cruzó la cara y lo silenció.

«¿Quién te ha dicho que puedes hablar? ¡Chaval, tú todavía no te has enterado ni dónde estás ni quién ni qué clase de tipo soy yo!».

Además de notar la cara ardiendo por el zurdazo recibido, el reo, así lo vamos a llamar, comenzó a notar que le temblaban las piernas.

El otro hombre pareció leer con rápidos movimientos oculares los papeles que llevaba y luego los arrojó a una esquina como si ya tuviese toda la información que necesitaba de ellos.

Metió la mano en el bolsillo y con la otra agarró con fuerza la cadena que une las dos argollas de las esposas y abriendo una le dijo al reo: «¡Vete a ese rincón y desnúdate, capullo!».

El reo empezó a abrir la boca para replicar algo pero enseguida recordó el papirotazo y recompuso el silencio. Obedeció y se quedó en calzoncillos. El tipo más alto se acercó y tras ceñir de nuevo la esposa en torno a la muñeca liberada soltó un sopapo a mano abierta que resonó en la habitación y en la cabeza del detenido.

«¡Desnudo no incluye llevar ninguna prenda». Y de un tirón seco se la arrancó, haciendo casi caer al cautivo al sacar la prenda por los pies.

«¡Hostias! ¡No sé si serás un valiente, pero madre de dios qué cojones tienes!».

El reo se cubrió los genitales ante el comentario y eso le hizo ganarse una fuerte palmada en la nuca que le hizo rechinar los dientes. «¡Siéntate!».

le gritó, «¡Y pon las palmas de las manos sobre la mesa!».

Con la cabeza dolorida, el reo ejecutó la orden en un microsegundo. No

quería provocar más al cruel carcelero. Sintió que éste se acercaba desde atrás y enseguida notó que sus tobillos eran ceñidos por unas nuevas esposas que contaban con una cadena más larga que le permitía sujetarlo entonces a las patas delanteras de la silla que, al estar trabada al suelo, le impedía mover las piernas con libertad. «¡Las manos en la mesa, las palmas apoyadas!». Esto podía parecer un capricho, pero lo cierto es que era una «putadita» que parecía ser una gracia del decorador de interiores, pues para cumplir la orden el detenido o interrogado tenía que sentarse en el borde del asiento de la silla; tal era la distancia a la que se había ubicado ésta.

«Te voy a dar unas noticias, no sé si buenas o malas», atronó la voz del hombre alto.

«No estoy aquí para que me cuentes nada sobre ninguna cosa, ni que confieses pecado o crimen alguno. Estoy aquí para joderte bien y hacértelas pasar putísimas, ¡maricón de mierda! Mucho lobby gay y mucha mierda, pero aquí no os tenemos ni miedo ni respeto y lo que te voy a hacer a ti servirá de escarmiento para todos los muerde-almohadas y sopla-nucas como tú».

El reo no se atrevía a articular palabra y comenzó a temblar notablemente. Además, desnudo como estaba, a la incomodidad del modo en el que estaba sentado se sumaba que los testículos y el pene colgaban entre los separados muslos y se estrangulaban con su peso contra el margen delantero de la silla. Intentó arrellanarse lo que pudo sin levantar las palmas de la mesa y su gesto no pasó desapercibido.

«¿Qué ocurre? ¿No te gusta estar sentado así, empollando los huevos? ¿Los maricas cómo os reproducís, por huevos o esporas? ¡¡Jajajajaja!!», se reía el cruel torturador.

«Eso lo arreglo yo en un periquete, pero deja que me ponga cómodo». Se quitó la cazadora de cuero y demostró lo fuerte que estaba exhibiendo unos amplios hombros y unos potentes brazos. Colgó la prenda del respaldo de la silla libre y comenzó a registrar sus bolsillos sacando de uno un par de guantes de látex negro, de esos que se usan para no contaminar con las propias huellas la escena del crimen, y los dejó sobre la mesa. Se agitó llevándose las manos tras el cuerpo y envainada en el cinturón había estado oculta por la cazadora una defensa, según llama el que la empuña, o una porra, según la sufre quien recibe sus atenciones. Era negra, de un material rígido y pesado y de superficie pulida sin golpes ni arañazos, lo que hacía suponer que era nueva. Por último, de una cartera de cuero que se enganchaba al cinto, el torturador extrajo unas nuevas esposas idénticas a las que el reo llevaba en las muñecas.

Con cierta parsimonia se quitó el jersey negro y lució un varonil y hercúleo torso solo cubierto por una camiseta de tirantes también negra. Se calzó los guantes como si de una liturgia ritual se tratase y sin mediar palabra le soltó al otro dos bofetadas, una de cada lado, exclamando a continuación: «¡Hostias profilácticas! Hay que preservarse de cualquier bicho, que los maricas como tú sois todos unos cerdos».

El reo bajó la cabeza con los oídos zumbando y antes de que se diese cuenta tenía a su torturador, que llevaba las nuevas esposas en una mano, cogiéndole los huevos y la polla juntos por su base y empleando una de las argollas de los grilletes para colocarlo a su alrededor estrangulándolo todo. «¿Esta guarrada de los cock-ring os mola, no? ¿No lo usáis mucho para mantener la polla tiesa, más dura y más tiempo? ¡Pues toma! ¡Deja que te apriete!». Y sin miramiento alguno cerró aún más el grillo en la base de los genitales. El hombre gimió... ¿de dolor?, y se encogió. No tuvo mucho tiempo para lamentarse pues su retorcido maltratado había atrapado las esposas de sus muñecas por la cadena central y las había aproximado a sus genitales para enlazarlas con las que adornaban sus partes al enganchar el grillete libre. Pronto echó de menos el incómodo asiento que le ofrecía el borde de la silla.

Con los pies separados al estar atados a las patas de la silla y al tener huevos, polla y muñecas en un mismo lazo de metal inoxidable, tenía que mantenerse levantado y doblado hacia adelante. Recurrió al fin a apoyar la frente en la fría mesa de metal. Con una sonrisa maléfica en los labios, el otro se acercó a tomar la porra de la mesa y la dejó pasar por la espalda arqueada del prisionero, recreándose en que golpease las apófisis de la columna en un accidentado paseo hacia el culo. Allí se dedicó a dibujar caminos sinuosos sobre las redondeadas nalgas y a decir improperios que los nervios no impidieron al reo entender. Para más burla, con un «sujétame esto», la porra quedó en el surco de las nalgas en un aparcamiento improvisado.

El hombre alto se metió la mano en el bolsillo y manipuló un pequeño mando remoto que hizo que unos disimulados altavoces del techo tras las rejillas que parecían de ventilación empezasen a vomitar un tema machacón y estridente de música electrónica del grupo Aphex Twins, el Come to Daddy. «Habrà que crear ambiente», dijo.

Empuñó de nuevo la porra y sin más aviso empezó a alternar golpes secos en la parte trasera de los muslos del reo. El reflejo fue inmediato y al buscar escapar de los golpes, lo que consiguió fue que sus fugitivos brazos y tronco propinasen, por la presa de las esposas, brutales tirones de la polla y los

cojones que empezaban a tener un color rojo vivo. Y de repente, como por arte de magia, apareció la «erección». La polla se irguió cuajada de venas y con el prepucio de un rabioso color brillante berenjena.

«¡Joder que te mola, serás puta! Deja que pruebe con otra cosa...», y le coló de un solo golpe la porra en el culo. Aullido de dolor y creciente erección. «¡Qué hijo puta!». Y empuñando entonces como hacía con la porra la polla del reo con la otra mano, empezó a sacudir ambas en sincopado ritmo. Los aullidos se alternaban con gemidos y ayes. El torturador dejó sus agarres y se sacó la polla y los huevos del vaquero en una erección sorprendente de un tamaño si no monstruoso sí importante, se coló tras el reo y tomó asiento en la silla, extrajo la porra del culo y, quedando polla y ojete casi alineados lo aproximó agarrando a su víctima de los hombros para de un solo empujón sentarlo, mejor dicho ensartarlo, en su miembro.

La música no conseguía tapan lo que brotaba de aquella boca. El galope se hizo frenético hacia un éxtasis que llegó primero al maltrecho detenido, que eyaculó apuntando al suelo en una mezcla de dolor y placer por la presión de las esposas. El torturador veía llegar su orgasmo y descabalgó la silla, sacando a tiempo su polla para sentarse en la mesa frente al otro y correrse en su cara entre una tormenta de maldiciones y tacos. Y tras el paroxismo del éxtasis compartido, la calma; las respiraciones acompasándose y la pérdida de tensión de cuerpos y gestos.

De pronto, algo que no encaja: el cruel maltratado permite que descansa la cabeza del detenido sobre su regazo y comienza a acariciar en un gesto de impropia amabilidad —se podría hablar de afecto— la cabeza y el pelo rapado. Con una voz irreconocible tras los gritos y los exabruptos preguntó: «¿Estás bien, amor?».

Brrrrzzzz... La imagen desaparece en un súbito fundido a negro al que pronto le sustituye, como por digital encantamiento, otra imagen igual aunque distinta, pues vuelve a verse a los dos hombres que protagonizaban la escena pero con otra ropa y rodeados de todo aquello que amuebla una habitación bien distinta a la anterior.

Los dos hombres teletransportados a este lado de la realidad dejaron de contemplar su propio reflejo en la pantalla de 37 pulgadas del despacho del inspector jefe de Estupefacientes del Distrito Centro de Madrid, que había apagado con el mando a distancia mientras decía: «¡Ya está bien de mariconadas! ¿Y bien? ¿Qué tienen que decir el inspector muerde-almohadas y el subinspector sopla-nucas? Porque esos son ustedes, ¿eh, inspector Rocha?»

¿No es así, subinspector Álvarez? Claro, no habían contado con el circuito paralelo que Asuntos Internos ha instalado para supervisar el trato a los detenidos».

El reo, mejor dicho, el inspector Rocha, intentó decir sin tartamudear: «Verá, no es más que una insensatez, un regalo de recién casados, una fantasía que queríamos realizar».

«¡Una mierda!», rugió el inspector jefe, «¡una gran mierda! Miren, les salva que en la Central los cargos políticos del Cuerpo están empalmadísimos con ustedes por ser el primer matrimonio gay dentro de la Policía Nacional y que estas grabaciones pasan directamente al disco duro de mi ordenador y no las ve nadie antes que yo. Pero esta “peli porno” la conservaré y si vuelven a cagarla en algo la utilizaré para sacarlos del cuerpo. Y ahora largo de aquí, y todas esas mierdas tuyas déjenselas para su casa, el Parque del Moro o los clubes de Chueca. ¡Fuera!». Los dos agentes salieron atropelladamente buscando uno la mano del otro en gesto de consuelo y apoyo.

Cuando los dos recién casados cerraron la puerta tras de sí, el inspector jefe se arrellanó en su butaca a la vez que se acomodaba la polla con la mano derecha, pues la tremenda erección de su miembro le estaba matando por la presión contra los pantalones desde casi el comienzo de la grabación. ¿Dónde habría puesto el teléfono de aquel chico tan simpático y dispuesto?

Palidez

El cuándo, en algún momento entre el futuro inmediato y hace veinte siglos, concretamente en esas horas que van desde la puesta de sol hasta el amanecer.

Dónde, podría tratarse casi de cualquier lugar del globo terráqueo, dentro de una minimalista y reducida habitación de un riguroso y silencioso edificio.

Falta por conocer quiénes, siendo dos hembras de la raza humana. Una apenas había dejado de ser una niña. La otra aún no era una mujer madura, en ese mágico momento de plenitud de la feminidad. La primera, de frágil aspecto y constitución, pero con una anatomía delgada, pero no descarnada, en la que destacaban los rasgos sexuales, con senos y caderas significados. La segunda, de carnes prietas y turgentes, de recia constitución. Algo compartían ambas: una palidez en su cutis y en la piel de todo el cuerpo que se podría pensar que no hubiera sido expuesta nunca a la cruel luz solar o a los rigores de la intemperie. Parecían dos seres dotados de una luminiscencia espectral. Sólo la presencia del pelo y del vello de axilas y pubis interrumpía la límpida blancura de los cuerpos. Cabelleras de corte casi militar, en un flamígero cobrizo para la más joven y un caoba vetado en gris para la otra.

Ambas mujeres se encontraban desnudas completamente. La mayor, en pie; la otra, tumbada en una estrecha cama que, con la pequeña ventana como cabecero, ocupaba el centro del cuarto. De no tener esta sus azules ojos abiertos como platos podría pasar por dormida o incluso por un cadáver a la espera de ser velado.

Era un ambiente onírico y en cierto modo anacrónico. Sin embargo, las sensaciones y emociones que se vivían eran auténticas y reales.

La luz que entraba por la ventana junto con la de media docena de gruesas velas iluminaba a las mujeres, que brillaban como lo hace la luna con la que le roba al sol. Las bujías titilaban sobre una mesa que ocupaba una de las cuatro esquinas de la habitación, bailando las azuladas llamas por la breve corriente que la mujer morena producía en sus desplazamientos.

En uno de esos ir y venir, la hembra que estaba en pie se agachó y recogió

del suelo dos gruesos cordones de tosco algodón, negros y con algún que otro apretado nudo en ellos. Eligió uno y con él comenzó a amarrar una pierna de la chica acostada, por debajo del pliegue de la rodilla, y tras flexionarla por la cadera la puso con el pie hacia la cabeza, pasando el cabo libre por debajo de la cama y repitiendo lo mismo con la otra pierna. Quedaron entonces abiertas y puestas hacia arriba en una impúdica exhibición del sexo cubierto de un plumón rojizo y abundante que se derramaba por las ingles.

Recuperó el otro cordón y fue turno de las muñecas de ambos brazos, que estiró sobre las piernas pasando cada uno sobre la doblez de la rodilla, apuntando en dirección a las levantadas piernas. Los ató uno tras otro pasando también bajo el lecho la cuerda.

La mujer menuda estaba completamente inmovilizada, con las piernas muy abiertas, con los pies casi a la altura de su cabeza y los brazos cruzando sobre estas, apuntando a los pies de la cama, dándole el aspecto de un insecto abandonado sobre su caparazón, incapaz de volver a darse la vuelta. Es decir, indefensa e inválida. Sometida. La luz arrancaba reflejos de la coralina entrada de su sexo que paulatinamente se abría y humedecía.

Tal vez lo exigente de la posición o una excitación que se notaba en aumento agitaron su respiración imprimiendo un blando y sensual vaivén a los pesados y redondos pechos resultados entre los brazos prisioneros de la chica. También su piel de cera comenzó a transpirar poblando de cientos de gotitas la frente pecosa y el labio superior de la entreabierta boca.

La mujer mayor tomó de la mesa, junto a las velas, una tela de color púrpura, de apariencia sedosa que, aunque ligera, resultaba totalmente opaca. Con esta envolvió por completo la cabeza pelirroja, sujetando el paquete con un cinturón estrecho de cuero negro viejo y rozado, con el que tuvo que dar tres vueltas al cuello para que no sobresaliese demasiado restante por la hebilla con que se cerraba. El conjunto empezó a hincharse y deshincharse por efecto de la respiración, que todavía se aceleró más. Parecía un corazón de raso morado palpitando en acompasado ritmo. El sudor y la saliva empañaron y señalaron algunas partes de la tela con cercos oscurecidos.

Privada así de visión, quiso adivinar en el sordo sonido de los pasos de la otra cuál era su itinerario sobre el duro y frío suelo, para anticipar cuál era la suerte que le esperaba. No contó más de tres pasos de ida y otros tantos de vuelta y la supuso a su lado junto a la cama. Súbitamente, su pecho izquierdo estalló en un ardiente dolor que duró unos interminables segundos para ir apagándose con cierta rapidez. Identificó los latidos de su pezón, que había

sido blanco de una descarga generosa de ardiente cera derretida que, de forma automática, comprendió que procedería de alguna de las velas que las alumbraban. No le había dado tiempo a solidificarse la cera y parafina cuando idéntica atención recibió el seno derecho de otra vela que portaba su compañera en la otra mano. Mordió con fuerza su labio, clavó las uñas en la palma de sus manos apretadas en puños, hizo que sus dedos de los pies se volvieran garfios; hasta su ano se contrajo de forma refleja, pero sin embargo su vagina seguía aumentando el flujo de sus humedades y se abría aún de forma más evidente bajo los rizos naranjas. El clítoris, que casi había doblado su tamaño, asomaba de su comfortable capuchón de piel y se mostraba como una punta de rubí.

La lluvia de fuego arreció y se desplazó a otras latitudes de su cuerpo. Hubo precipitaciones entre los dedos de los pies, las corvas que se ofrecían en la acrobática posición, las nalgas y, por último, fue un chaparrón brutal el que sepultó el clítoris y la mojada hendidura. Mientras el cuerpo de la muchacha se retorció, la otra mujer ni pestañeaba concentrada en administrar el castigo con precisa puntería.

Escampó el temporal de cera ígnea y al endurecerse se crearon tensiones en la piel por efecto de la adherencia más intensa de la cera al volverse rígida sobre la ahora sensible y palpitante piel.

Tiempo justo para recuperar el aliento al tranquilizarse el ritmo respiratorio del paquete humano que ya comenzaba a hacer cábalas sobre qué sorpresa le esperaba ahora.

No medió palabra y con la misma expresión impávida la dama verdugo descargó un poderoso golpe con algo que hasta ahora había reposado a la luz de las velas en la mesa. Un flagelo de catorce colas, de hechura artesanal con un manojo de siete cabos de cordón de alguna fibra vegetal que presentaban manchas pardas que podrían ser sangre de remotos castigos. Los siete cordones se doblaban sobre su mitad duplicando el número de colas: catorce pues, cada una de ellas anudada con siete nudos. Para facilitar el agarre y el manejo, a modo de empuñadura se había envuelto otro cordón sujetando el conjunto.

El primer y brutal azote arrancó casi toda la cera adherida al pecho. Luego le siguieron otros seis que se repitieron de siete en siete sobre cada una de las siete zonas que antes fueron bautizadas con fuego líquido.

Al final de este recorrido cruel por las maltrechas estaciones del dolor, las dos mujeres jadeaban buscando aire para sus pulmones. Pero mientras uno

lo hacía por el esfuerzo, la otra lo hacía presa de la excitación en que la sumía el cóctel de placer y dolor. El sudor se fugaba de la pálida piel de las mujeres en sinuosas columnas de vaho en las que se transfiguraban las gotas de sudor que las cubrían.

Un nuevo receso. La chica de la cama no sabía decir si eterno o un suspiro, pues había perdido la noción del tiempo y el espacio. Un dolor tremendo en la boca, en las encías, en los dientes y músculos de la mandíbula, provocado por el esfuerzo de mantener sellados sus labios sin dejar que un quejido o un lamento escapasen. Solo algún jadeo, algún suspiro, fueron prófugos de su agitado pecho. Pero a este dolor se le sumaron poco a poco, y fue tomando conciencia de ello, el de las articulaciones, forzadas al máximo; el ardor de la piel por el agudo rastro del látigo, y se sintió empotrada por su propio peso contra la dura superficie del duro colchón.

De su abstracción la arrancó notar que algo comenzaba a pasar allá abajo, en la entrada de su sexo, entre sus tumefactos y dilatados labios y su lastimado e inflamado clítoris. Este enviaba estímulos que alcanzaban los puntos más lejanos de su anatomía como si de un radiofaro del placer se tratase.

Lo primero en entrar fueron los pies, fríos y plateados. Uno sobre otro como estaban, y a la vez se hundieron en la empapada y lubricada caverna. Lo hicieron sin dificultad alguna y haciéndolo hasta las rodillas. No se detuvo en su lento pero constante avance y lo hizo hasta la altura de las caderas, que púdicamente se cubrían con un precario lienzo también de plata. Después siguió entrando el abdomen y el torso desnudo en el que se veía la señal de la lanzada con la que aquel legionario romano se lo abrió. Así hasta tropezar con los brazos abiertos en cruz, que servían a la mujer morena para sujetar aquel objeto.

La imagen que la mujer había descendido de su cruz, la que presidía desde las alturas de la pared el cuarto, empezó a penetrar a la doliente con entradas y salidas que se fueron haciendo más fuertes y rápidas, alcanzando un endiablado ritmo que calentaba con una temperatura infernal el material argentino.

A pesar de la sumisión de las cuerdas, la pelirroja buscaba desesperada acompañar con sus caderas el movimiento de la imagen que la horadaba. Pero pronto se descompuso en el paroxismo del orgasmo en el que explotaba todo su ser. Se transportó presa de un convulso éxtasis a las puertas del paraíso, a la gloria bendita, a una recompensa ganada con padecimiento, dolor y lágrimas que empaparon el paño que le cubría el rostro. Y su sexo se vació bautizando,

como hizo Juan ya una vez, a aquel que caminó entre los hombres y sobre las aguas. Se vació con un flujo espeso y cálido que manaba empujado por las contracciones de lo profundo de sus entrañas...

No hubo que recomponer el silencio, pues apenas fue arañado por los quedos suspiros y los leves jadeos de las mujeres. Fueron las campanas del monasterio las que terminaron con él al llamar a maitines con insistencia. Las claras del alba las sorprendieron en la celda de aquel convento de clausura retirando las amarras que pasaron a ceñir sus cinturas sobre los monacales hábitos, doblando la tela púrpura de una estola vieja que ya no usaba el párroco que oficiaba en la iglesia de la congregación. Solo quedaba restituir la imagen del hijo de María y el carpintero a su castigo en la cruz.

No rompieron la regla del silencio, no creyeron traicionar sus votos, pues pobres eran su celda y su vestuario, como lo fueron también los objetos de culto de su dolorosa liturgia. La obediencia fue una constante en la sumisión de la una a la otra, y la castidad quedaba a salvo pues ni tan siquiera se rozaron sus cuerpos, ni se encontraron sus labios en un beso tan esperado como deseado que nunca llegará.

Amanece con una pálida luz que ilumina a las monjas por el refectorio. No se cruzan sus miradas. No se encontrarán sus manos. Nada se dirán. Pero no dejarán de pensar la una en la otra, prisioneras no por los muros ni las rejas de la clausura, sino por el infierno de pasión y deseo que guardan bajo su pálida piel.

Puppy

El collar era lo más parecido que había podido encontrar a aquellos que se veían en las fotos de las «megafamosas» y celebrities, pero no los que lucían en sus exquisitos cuellos, sino en el de sus sobreatendidas y mimadísimas mascotas. De un rosa chicle cubierto por brillantinas que no eran tales, ni tampoco ese dichoso cristal Swarovski. Colgando en la zona central, una chapita con forma de hueso de un bruñido plateado en el que se leía una sola palabra: Puppy.

Ni era un artículo de firma ni tenía detrás ninguna marca comercial conocida, cosa que se adivinaba a tenor del precio al que se podía conseguir en el bazar de los chinos del barrio, junto con una correa a juego en el mismo color.

La muchacha, de unos dieciocho o diecinueve añitos, flexionó su más que esbelta figura hacia delante y tras palmear amistosamente la cabeza llevando luego su mano de paseo a todo lo largo del lomo hasta las corvas, comenzó a ceñir el collar en torno al cuello del animal que se sentaba tranquilo sobre sus cuartos traseros, con la mirada fija, de una manera distraída, en las dos fantásticas y voluminosas tetas de su dueña que se bamboleaban ante él, vestida como estaba únicamente por unas braguitas de escueto corte brasileño y calzada con chanclas igual de coloristas.

Cerró la hebilla del collar. Retrocedió valorando el resultado y debió ser el esperado porque lo celebró con palmas y grititos: «¡Pero qué requeteguapo está el nene de mamita con su collarcito nuevo!». Acto seguido enganchó el mosquetón de la correa y tirando de ella obligó al animal primero a ponerse a cuatro patas, no sin una cierta dificultad por tratarse de una bestia de tamaño notable. Luego lo condujo entre el caos de objetos que estaban sembrados por todo el cuarto de decoración funcional y juvenil.

El armario de tres puertas casi cubría una pared, estaba de par en par abierto y se veía prácticamente vacío, con su contenido diseminado y expuesto como si de una fitting-room en un estudio de moda ante un desfile privado se

tratase. La cama sin hacer estaba casi desaparecida bajo numerosas prendas, igual que la silla y la mesa de estudio, aunque lo del estudio debía de ser una actividad de riesgo en esa «escombrera». El suelo no mejoraba, con un montón de zapatos errantes entre un sinfín de números, recientes y atrasados, de prensa del corazón y revistas de moda. Todo salpicado, además, por una miríada de objetos sin un rango común en sus caracteres y que en ocasiones sería difícil justificar su presencia en la habitación de la muchacha.

La «amita» se mostraba encantada con el new look de su cachorro Puppy, que era como ella lo había bautizado, forzada por la chapa del collar que había decidido la elección del nombre.

Le encantaba recrearse llamando al confundido animal al que desgastaba el nombre, usando giros y entonaciones de una cursilería extrema, intentando demostrar su afecto hacia el can.

De pronto algo se torció en el gesto de la caprichosa mujercita y con una mueca de disconformidad amarró la correa a uno de los barrotes de los pies de la cama, para ponerse después a rebuscar en uno de los entreabiertos cajones de una cómoda, cubierta en parte por frascos de muestras de perfumes y cremas, además de un reproductor de MP3, un sombrero borsalino burdeos que servía de contenedor para dos cepillos del pelo, uno plano y otro redondo, herramientas que debían de cumplir su función junto con unas planchas de alisar que colgaban del cable enchufado en la pared, junto a un espejo inútil por la acumulación de autorretratos de la domadora de perritos que lo cubría.

La búsqueda finalizó enseguida y ella pareció topar aquello que necesitaba. Un total de seis cinturones de lona con hebillas metálicas, cada uno de un color o estampado más chillón que el anterior, en gamas fluorescentes. Seleccionó cuatro, los de un ancho superior. Se aproximó al chuchó diciéndole: «Mami te pondrá más guapo aún».

El animal resultaba curioso para ser un perro. No estaba cubierto de pelo en sus extremidades, demasiado largas, tenían una morfología peculiar entre los cánidos y su especie. Tratándose en realidad de un par de brazos y un par de piernas, ligeramente velludas, poco para cualquier raza o mestizaje. Poco ADN de perro en su base genética en una mascota que había nacido de una pareja de homo sapiens en el «nene» de la sexy amita.

«Dame la patita, sé un buen perrito», dijo. Tomando uno de los brazos por la muñeca obligó al cachorro-hombre a tumbarse sobre su espalda, lo que lo hizo quedar boca arriba con las cuatro extremidades apuntando al techo, como ocurriría con cualquier bicho de cuatro patas.

La muchacha, a continuación, dobló al máximo el brazo llevando la flexión por el codo hasta hacer que la muñeca quedase a la altura y en contacto con el hombro correspondiente. Con precisión pasó a rodear con uno de los cintos de lona la extremidad, para asegurar la inmovilización, apretando sin muchos miramientos la hebilla. La operación se repitió uno tras otro con el brazo restante y ambas piernas, que fueron dobladas por la rodilla llevando los talones hasta las nalgas con el consiguiente lazo de cinturón para su bloqueo. Completada la operación de ajuste de la transfiguración de apéndices humanos a patas, la chica sonrió con entusiasmo al ver que las proporciones ahora estaban más cerca de las que se esperaba de un cachorro de perrito que de las de un espécimen humano.

Liberó la correa de los barrotes a los que estaba sujeta y con un silbido y un par de tirones convenció al sabueso para que, con bastante dificultad, se volviese por terminar apoyando en las cuatro recortadas patitas, descansando todo su peso en codos y rodillas.

La sexy propietaria del perro-bonsay que acababa de «podar» se puso a dar nerviosos y acelerados saltitos de contento aplaudiendo por lo que creía haber mejorado la pose de su «customizado» cachorro.

Un nuevo tirón sirvió de invitación para que Puppy comenzase de nuevo a pasear por la estancia. Los trastos que se encontraban desperdigados por el suelo, ahora resultaban obstáculos mucho más penosos de librar. Se convertía en un calvario tanto tener que sortearlos como tropezarse o pisar con estas nuevas trancas perrunas cada trasto con superficies o aristas hirientes.

«¡Madre! ¡Qué tonta! Pero, Puppy, ¿cómo se nos ha olvidado este detalle tan importante?». Y con desparpajo en su casi total desnudez contemplada por los ojos atentos del perro-man, la damita se acercó a la cómoda y tomó del interior del sombrero que los cobijaba uno de los dos cepillos, concretamente el redondo. Un salto le bastó para colocarse detrás del chucho, que volvió no sin trabajo la cabeza desde la mermada perspectiva en la que ahora lo veía todo; y ella, de un solo empujón, sin pensárselo dos veces, enterró el mango en su totalidad en el desprevenido ano de Puppy, que aulló de puro dolor intentando un movimiento evasivo de sus caderas hacia delante, que solo le llevó a embestir con la punta de su polla, erecta desde hacía ya un buen rato, un patín, uno de tantos objetos que yacían por el suelo, haciendo que su aullido se repitiese.

«¡Ole! ¡Ole! Mira el rabito de mi nenito chulo. Enséñale a mami lo contento que estás. A ver cómo mueve la colita Puppy». El aún dolorido

animal se recompuso con un profundo suspiro y empezó a agitarse, todo lo que le permitían sus ligaduras, sobre sus patitas, imprimiendo un torpe vaivén a las caderas que se traducía en un movimiento de supuesta felicidad de su «cola», la postiza y no otra. La dueña se deshacía en aplausos y grititos de satisfacción. «¡Buen perro! ¡Buen perro!». Y premió al chucho rascando su barriga, cosa que le hizo encogerse de gusto mientras emitía un gruñido complacido. Esto duró unos segundos en los que Puppy roncaba y resoplaba de gusto. «¡Cómo le gusta a mi chiquitín que le rasque la tripita! ¡Uy! Mira qué duro se le pone el pito a mi perrito», exclamó ella sonriendo divertida por su ripio cursi. Su mano rodeó el miembro erecto y empezó a sacudirlo arriba y abajo en un rítmico ordeño. Se contarían por cientos los mozalbetes, aun con acné, que se matarían por intercambiarse con el perrito de marras para disfrutar de las manos de la chica, que se veían entrenadas.

El perro sacudió la cabeza y se aceleró su respiración un tanto ardua por lo ceñido del collar pero sin peligro de asfixia. Las pelotas del bicho se acercaron con la retracción del escroto que anunciaba el orgasmo y la eyaculación. Por eso mismo la propietaria del chucho, que conocía a la perfección la conducta de su mascota hasta en esos íntimos detalles, soltó de pronto la polla haciendo a Puppy suspirar frustrado, pero volvió a aullar como si hubiese salido la luna cuando su dueña, de un solo golpe sobre el improvisado rabo hizo que se hundiese en el culo, ya de por sí dolorido, hasta casi la mitad de la superficie cubierta de púas y cerdas del cepillo.

«A los perros grandotes como tú, de tu raza, les sientan mejor los rabitos recortaditos», dijo ella. «Os hacen parecer más fieros y viriles, más machos». Esto y el empalamiento brutal hicieron que de momento el orgasmo se alejase del futuro inmediato del perrito.

Un nuevo salto de la chica y un «¿no tienes hambre? Es casi la hora de merendar... Mmmm... Me apetece Nocilla... Espera aquí, sé bueno». Y vuelta a amarrar al can a la pata de la cama, asegurándose un buen comportamiento del adiestrado animal. Este vio la oportunidad para tumbarse de lado, aliviando de esa manera, momentáneamente al menos, el castigo que suponían sus entumecidas articulaciones. Aunque fue un breve intervalo del que dispuso, pues con una anfetamínica prisa su ama había vuelto como una exhalación cerrando la puerta tras de sí con un portazo muy sonoro.

El tarro de 500 gramos de Nocilla venía mediado y abierto en su mano, y era asaltado con los dedos de una mano que se sumergían en la pringosa crema como un cucharón de carne y hueso. «¡Oh! ¡Dios, qué bueno es comer esta

marranada con los dedos! ¡Menudo vicio tengo!», le soltó al perro a la cara, guiñando un ojo y pintando un lunar de chocolate en el hocico del sabueso. «¿Mi pequeñín no quiere un poquito? Cómo no... Mamita le va a dar un poco a su Puppy glotón...».

No sin trabajo, el hombre travestido en perro recuperó la posición cuadrúpeda con una sorprendente rapidez, mientras que ella, con la mano limpia, después de dejar el bote sobre la cama, se quitó la braguita, que fue a quedar colgada, en un gesto de desprecio y coquetería en el mermado rabo-cepillo.

El coño de la chavala hacía juego con sus preciosas tetas; era uno de esos sexos rasurados de abombado monte de Venus y labios menores casi desaparecidos entre los mayores de la vulva. O lo que es lo mismo, de los que podría lucir la chica pet del año en la revista Penthouse.

El calor de su mano hizo que le costase poco a la chica extender una capa generosa de crema de cacao sobre su chochito y dejar una cubierta uniforme de pegajoso pringue chocolatero, para colocarse luego sentada al borde del colchón con las piernas bien abiertas frente al chuchó.

La longitud de las patas le obligó a estirar mucho el cuello para acceder al «bollito con chocolate», pero consiguió alcanzarlo con una lengua que se movía más por vicio que por hambre. Además se veía a leguas que no era la primera vez que ambos participaban en una de estas meriendas de cunnilingus de confitería.

Se dejó caer de espaldas y continuó dedicándose a comer Nocilla con los dedos, que chupeteaba con gusto, en una situación en la que el chocolate no era sustituto del sexo, sino complemento de aquel. Además de gozar de una comida de coño muy bien hecha.

La erección regresó de la mano del afán por devorar el sexo de su ama, incorporándose esta para unir a la lengua de su mascota la acción de dos dedos coloreados en marrón sobre su clítoris, a la busca del orgasmo que ya intuía, sintiendo ahora la lengua culebreando en el interior de su vagina. El clímax sacudió en oleadas crecientes y sucesivas el sexo, que manaba con un cremoso y blanquecino magma que fue alimento para el perro junto con la leche, el cacao, las avellanas y el azúcar hechos crema.

La bestia chupaba y mordisquea lo mismo labios, clítoris, ingles, flujo, o Nocilla en un paroxismo animal, y en esas su dueña se coló tras él, pasando por encima y agarrando la nada despreciable polla por su longitud, se alineó culo con culo del modo que lo harían perro y perra, se la metió en su vagina

tan adentro como la acrobática posición permitía iniciando un ir y venir que puso a Puppy en condición para vaciarse en una cálida y generosa corrida que, rebosando, se fue mezclando con la crema, el flujo y la saliva del exterior de su coño. El ama, cayendo de espaldas, se animó de nuevo a llegar a un orgasmo con alguna enérgica caricia clitoriana que produjo una segunda aunque no tan copiosa eyaculación femenina.

Le quedaban fuerzas y ganas aún al pasicorto animal para, mientras ella se desmadejaba en el suelo, retomar su tarea de hacer desaparecer la mixtura de fluidos que cubrían y brotaban de su adiestradora. Luego se dejó caer junto a ella compartiendo esa plácida relajación post-orgasmo.

No fue un receso muy extenso y la protagonista, de un salto, con renacido ímpetu dijo: «¡Mira qué cara! ¡Estás hecho una pena! ¡No puedes estar más pringoso y guarrote! ¡Así no puedo sacarte de paseo! Es momento para darse un baño». Y tirando de la correa y casi a rastras condujo al agotado animal sobre sus patitas muñón a un baño anexo a la habitación de la chica. Estaba presidido por una bañera bastante grande para permitir ser compartida. Pero meter en ella a la mascota se tornó un arduo esfuerzo, pues él solo no alcanzaba con la altura de sus patitas para auparse dentro. En ese afán, ocupados como estaban, ni ama ni mascota oyeron la puerta de la calle, ni los pasos que subían las escaleras, ni tampoco vieron en principio la silueta que se dibujaba a contraluz en la puerta del baño, vestida con uniforme sanitario. Era una mujer de unos cincuenta años, de buen aspecto y presencia, a la que se le salían los ojos de las órbitas. Intentaba entender en qué consistía la tarea acometida por la peculiar pareja. Casi susurrando atinó a pronunciar una serie de preguntas que se atropellaban en la garganta: «¿Ramón? ¿Nena? ¿Pero qué cojones... pero qué cojones...?».

El chucho y su domadora se volvieron de inmediato a la vez y se obró el milagro de que el primero habló con voz humana y varonil: «¿Marisa? ¿Pero tú no doblabas turno hoy en la clínica?».

La muchacha, casi al unísono que su perro empezó a decir: «¡Mamá! ¡Hostia! ¡Mamá, no es para nada lo que parece! Es solo que Puppy y yo, digo “papi” y yo, pues empezamos a hacer el tonto porque nos aburríamos y... ¡Joder! ¡Jooodeer!...».

Regina

La tarde estaba cuajada de guirnaldas de banderas tricolores, rojas, blancas y azules. Las fanfarrias y los himnos de los equipos no conseguían acallar el griterío de las enfervorizadas hinchadas. Todo olía a palomitas, hot-dogs, cerveza y muchedumbre. El sol presenciaba desde una tribuna privilegiada el enfrentamiento de dos coloristas ejércitos que, en lid deportiva, pugnaban por el triunfo en el partido decisivo del play-off por el título de la liga universitaria de fútbol americano. En unos pocos minutos habría un ganador; por ende, también un derrotado.

El verano a las puertas aseguraba un calor sofocante. Público y jugadores sudaban, unos de emoción y los otros de puro esfuerzo. Una cerveza, un refresco o una bebida isotónica resultaban fundamentales para tragarse los nervios en las gradas o para nivelar electrolitos, intentando sacar fuerzas de flaqueza en pos de un touch-down. Los jugadores no perdían ocasión para acercarse a la banda, junto a sus respectivos banquillos, a tomar un trago de las botellas, que se mantienen frescas en bidones-termo. En el caso de los jugadores del equipo favorito, el anfitrión tenía la suerte de jugar en casa, lo que suponía que de resultar victorioso la celebración sería memorable. Como antesala de esa juerga monumental, que sacudiría los cimientos de la ciudad, un prohombre local, antiguo alumno y miembro de la hermandad estudiantil, tuvo la idea de añadir un incentivo «extra».

Empate en el marcador. Quedan pocos minutos. Tiempo muerto solicitado por los entrenadores. Últimas indicaciones tácticas. Arenga final, y de vuelta al campo. Los jugadores gritan dentro de sus cascos. Pero los de la escuadra local, como si de una pila de agua bendita se tratase, antes de volver dentro del campo, introducen la mano en el bidón de las bebidas. No para buscar fluido de refresco, sino para colar, uno o dos de sus dedos en la aterida vagina de la mujer que, vestida de cheerleader, con un uniforme demasiado pequeño para ella, intenta sobrellevar la inmersión entre agua fría y cubitos de hielo.

Este era el «extra».

Nadie pudo entender el error de la defensa de los favoritos que permitió llegar a los visitantes a la línea de goal. Para más inri, el capitán y quarter-back, en un lance del juego, se produjo el enésimo esguince en su rodilla izquierda. Llantos de jugadores, de técnicos, de los hinchas. La frustración que se paga con lo primero que se pilla: una papelera, una almohadilla del asiento, un casco ahora convertido en proyectil volador, o el contenedor de las bebidas, que recibe una patada de uno de los jugadores que estaba como reserva. Se vuelca y vomita bebidas, agua y una sirena animadora que, en lugar de cola, luce unas piernas que podrían haber sido las de una reina del carnaval de Tenerife. La mujer se abraza para controlar los temblores. Su boca debe de ser bonita y sus labios sensuales, pero están azulados y fruncidos de frío. Los párpados apenas dejan entrever el particular color gris de su mirada felina. El suéter se ciñe empapado a unos senos que parecen querer perforar con sus pezones la tela. No lleva ropa interior y su sexo y nalgas quedan parcialmente descubiertos bajo la raquítica faldita.

La ninfa helada era un anticipo, como comentaba antes, que el mecenas del equipo creyó conveniente brindar a sus bravos, hormonales y anabolizados guerreros, para añadir más ardor a su juego. Además, como él mismo les dijo, «a esta puta la conozco bien y aguanta de todo; os dará mucho juego, después del juego».

Ahora, con el sabor de la derrota en los labios, con el punto supersticioso que adorna a muchos deportistas, no tardó en escucharse: «Si al final es que la furcia nos ha traído mala suerte».

Al menos, al salir a temperatura ambiente, sus músculos comenzaron a desentumecerse y, entre dolores, su cuerpo y piel a ganar grados. Se incorporó, como un animal recién nacido, torpe y trastabillando. Pero alguno de aquellas bestias la tumbó de un empujón mientras le decía a gritos que les había traído gafe.

Equipo y seguidores victoriosos salieron del estadio rumbo a una fiesta con la que contaban otros. También el público de los vencidos se fue a digerir la derrota de la mejor manera.

No tardaron en quedarse en el estadio más que plantilla y técnicos perdedores, además de la fulana, que seguía siendo blanco de ataques verbales que la responsabilizaban del fiasco. Nada nuevo para ella, curtida en numerosos servicios extremos de sumisión, dominación o deshumanización, a los que acudía por orden de su dueño y señor. Ser tratada como una mierda no

constituía novedad alguna.

En los vestuarios la arrojaron a una esquina, donde terminó sepultada en toallas sucias y húmedas, suspensorios y demás ropa sucia. No pestañeó ni movió un músculo, lo cual enojaba más a los muchachos, que no sabían valorar ni apreciar una entrega y un comportamiento de esclava tan apropiados.

El estadio no se encontraba muy lejos de la residencia de los estudiantes en el campus, ni de la sede de la Hermandad estudiantil. Unos ochocientos metros que para los deportistas se hicieron penosos por la carga de la decepción, pero para la mujer lo eran por llevar a cuestas, sobre su espalda, al capitán lesionado. Como esto les pareció poco, decidieron aparejarla con un arnés, de esos que usan para arrastrar pesos en sus entrenamientos, y encomendarle llevar a remolque una gran saca con todos los uniformes sucios, incluidas las protecciones y defensas. Tras la inmersión en agua fría y descalza como iba, la distancia a cubrir se le hizo interminable.

Tres veces dio con la rodilla en tierra y solo tras la última se dignó el asistente y aguador de la formación a colaborar en el arrastre del pesado fardo para que le resultase menos penoso ser la mula del jugador. No supuso en ningún caso que cesaran, tan siquiera disminuyeran, los insultos y descalificaciones que le regalaban a cada paso.

Pasaron de largo frente a la residencia, para entrar finalmente en la Hermandad. Con la cabeza baja por el cansancio no atisbó a ver más que la última letra griega que coronaba la puerta de acceso. La omega la conocía por los relojes y sabía que era la última del abecedario heleno. Omega, el fin.

En el interior esperaban viandas y bebidas para la bacanal de los ganadores. El capitán fue a ponerse en manos de un médico, que valorase y atendiese su lesión. Los derrotados puede que pierdan el apetito, pero no la sed de alcohol. La cerveza y otros licores empezaron a correr con más cauce que las lágrimas. No tardaron el descontrol y una cierta euforia.

La dama empezó a pasar de mano en mano. La rociaron con bebidas que tomaban directamente de su piel, la sobaron con torpeza, sin objetivo más allá que la disponibilidad de aquella hembra. No tenían claro qué podían hacer con ella o, tal vez, tampoco tenían imaginación ni experiencia para más que la gimnasia genital que practicaban con sus ligues o parejas.

Cuando llegó el pagador de la prostituta, se encontró a un grupo de jóvenes deportistas borrachos que le metían mano a una fulana, como quinceañeros en el asiento de atrás de un coche.

«¡No solo perdéis un partido que teníais ganado de antemano, sino que además no sabéis aprovechar la mejor puta que pude conseguir! ¿Vosotros tenéis idea de lo que cuesta esta tía? Y si cuesta eso es porque puede aguantar más de lo que una panda de páñfilos como vosotros imagináis». Sin más, se acercó a ella y, agarrándola del pelo, la obligó a arrodillarse a sus pies. Se quitó una escarapela que llevaba prendida de su solapa, con los colores de la universidad, y se la colocó a ella clavando directamente en la piel el alfiler que la sujetaba. Ella no levantó la vista, pero se la escuchó decir claramente: «Gracias, señor».

Aquello resultó el pistoletazo de salida para un sinfín de abusos y excesos a que los muchachos sometieron a la sumisa mujer.

La trasladaron al salón de juegos del edificio, donde se coleccionaba todo tipo de muebles y enseres de uso académico y deportivo. Resultó muy útil y oportuno un viejo potro de salto que en una esquina solía soportar los abrigo y cazadoras de los miembros de la comunidad.

La tumbaron sobre él, apoyada sobre su pecho y abdomen. Alguien fue al garaje y volvió con varios trozos de cadena y unos mosquetones. No se molestaron mucho y enrollaron las cadenas a muñecas y tobillos, sin atender al dolor que con ello infligían. La sujetaron a las cuatro patas del artefacto y, así expuesta, con sus orificios practicables, fue usada durante al menos dos horas por los presentes, mientras otros se divertían en rociarla con cerveza o desahogaban su vejiga sobre ella.

El lesionado capitán reapareció con un vendaje para inmovilizar la articulación dañada y cuando volvió se encontró con la dantesca bacanal. Los muchachos recibieron a su líder entre gritos y vítores. Lo levantaron a hombros y le dijeron que se estaba perdiendo una buena. Uno de sus amigos, para ilustrar sus palabras, se acercó a las pringosas nalgas de la mujer y apagó el cigarro de marihuana que estaba fumando sobre la piel. Solo un gemido, al que siguió un suspiro lastimero.

«¡Oh capitán, mi capitán!», gritaron todos a una, citando al viejo Walt Whitman de una manera muy poco conveniente, a tenor de su conducta y circunstancias.

«Te lo estabas perdiendo, pero ahora lo solucionamos y te pones a la altura de la fiesta. Esta puta es toda una inversión».

Soltaron a la chica del potro y la sacaron al jardín sin molestarse en quitarle las cadenas que habían desollado su piel con su cruel prisión. Allí, con una manguera, intentaron ponerla presentable para ofrecérsela en las

mejores condiciones posibles al quarter-back. Tosía y se atragantaba bajo el helador chorro de agua. Subieron sobre los hombros a ambos y condujeron a la pareja al interior de nuevo. La mesa de billar les pareció el emplazamiento perfecto para colocarla, con brazos y piernas abiertos en aspa. Sujetaron las piernas primero y luego un brazo; cuando fueron a amarrar el que quedaba, la cadena resultaba corta. El alcohol les había nublado el entendimiento, pero no les había privado ni un ápice de su fuerza. Así que el encargado de la tarea optó por tirar con fuerza con las dos manos de la cadena para hacerla llegar al punto preciso donde engancharla. El sonido del hombro al salirse de su sitio fue audible para todos; el dolor solo resultó insoportable para ella. Las lágrimas rodaban por ambas mejillas y su cuerpo se sacudía al ritmo de sus hipidos. El hombretón estaba ya sobre la mesa, de rodillas entre las piernas de ella, con la polla fuera, meneándosela para llamar a una erección que se hacía esperar. Tuvo que imaginarse que era el capitán de la defensa del equipo que los acababan de vencer quien lo esperaba para acoplarse sexualmente con él. El mismo que le había dicho un día antes del fatídico partido que lo suyo no tenía futuro, que ya no le quería y que todo estaba terminado sin posibilidad de arreglarlo. Ese mismo que le partió el corazón y sacó su cabeza y su talento del encuentro para que, con la suma de sus errores, fuesen el equipo perdedor. Frustración y rabia fueron el motor que levantó su miembro.

Se arrojó con violencia sobre ella y condujo su miembro a la entrada del abierto y tumefacto sexo. La penetró como lo haría el cuchillo caliente en la mantequilla. Inició un fortísimo y acelerado mete y saca. Cada empujón la llevaba al borde del colapso, tal era el dolor que sentía en el hombro herido. Y su instinto de supervivencia venció a su condición de esclava, a su sumisión obligada y «bien pagada», como creían ellos.

El «NO» se oyó por encima de todas las voces y ruidos de la sala. Una y otra vez lo repitió sin ser consciente de que lo hacía, sorprendida ella misma de escucharlo, como si fuera otra persona distinta quien lo gritase.

El tipo se echó hacia atrás y la miró perplejo. «¿Llevas toda la puta noche dejando que mis amigos te follan y te hagan lo que les sale de los cojones y vas ahora y te pones estrecha conmigo?». Soltó un brazo y le cruzó la cara de un bofetón. A ella le pareció oír una explosión dentro de su cabeza, pues la alcanzó en todo el oído. No le pareció suficiente y cargó el brazo para soltar un nuevo golpe, este con el puño cerrado. Se oyó decir a alguien que quizá era demasiado y que se estaba pasando, pero nadie lo atendió.

Ella veía cómo el puño descendía a cámara lenta hacia su boca. Vio la luz

cegador. Todos pudieron escuchar el ruido de los huesos al quebrarse y el alarido inhumano de puro dolor...

El atleta se agarró la mano con la otra y contempló sus dedos, que apuntaban en distintas direcciones por las fracturas múltiples. Mano catastrófica fue el diagnóstico. Levantó la mirada y sobre ella vio un hermoso rostro envuelto en una luz singular. Le sonreía. Le sonrió.

«¡Salve, Regina! Llena eres de gracia. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito será el fruto de tu vientre, si antes yermo y seco, ahora preñado de la hija de la Señora, de la que todo ha hecho y de quienes todos han nacido. Porque de tu vientre nacerá la que sea la primera de un linaje divino; la primera que no necesitará varón para ser fecundada y que solo parirá hembras para poblar la Tierra y, cuando llegue el fin de los días, se sentarán a la vera de la Madre, para gozar de la gracia. Y a vosotros os digo —exclamó dirigiéndose a los hombre presentes—, que quedaréis impotentes y estériles, para que una a una vuestras muertes anuncien la desaparición de vuestro género. Y pagaréis justos por pecadores, aunque de un modo u otro todos habéis pecado, cuando reíais a los que ofendían, cuando tapabais a los que abusaban, cuando os justificabais por razones de imperativos sociales o por la tradición. Machistas por activa o por pasiva. Sobre todo por omisión en las acciones que cambiasen las cosas y por lo comfortable de vuestras ventajas».

Salieron a rastras del edificio, vencidos y avergonzados. Todos fuera de allí se sintieron empequeñecer y miserables.

En el centro de la sala, sobre la mesa de billar, que parece un altar, envuelta únicamente por un manto de claridad, luciendo una espléndida desnudez, una mujer mira a la criatura que descansa entre sus brazos. Sus ojos, de un particular color gris, se reconocen y se sonríen.

Mira más allá de los cristales del ventanal del salón y ve los rayos del sol que se asoman en un nuevo amanecer...

Los agentes de seguridad del campus acordonan la zona y dispersan a los curiosos. Por otro lado, la policía, que ya ha llegado, toma los datos para identificar a los participantes en la brutal orgía. El líder del equipo, acompañado de un agente, vuelve la cabeza y mira de reojo a los sanitarios que empujan una camilla, en la que transportan un cuerpo totalmente cubierto por una manta térmica. Al margen de erosiones y golpes por todo el cuerpo, la causa de la muerte fue que ese animal le reventó la cara y la cabeza a puñetazos, decía uno de los médicos. Se ve que el tipo no supo encajar el peso

de ser el causante de la derrota de su equipo.

La ambulancia arrancó sin poner la sirena ni las luces de emergencia. No hace falta correr para llegar a la morgue. Se perdió en la aún oscura noche, con el amanecer por llegar. Todo parecía seguir como siempre...

Segundos fuera

Alguien aporreó la puerta con insistencia y la doctora instintivamente abanicó el humo de su cigarrillo para que escapase por la entreabierta ventana por la que se colaba el frío de la noche. Se reanudaron los golpes en la puerta, a los que se sumó la chillona voz de alguien que preguntaba quién estaba allí y por qué habían cerrado por dentro. La doctora apuró una última calada al cigarro y lanzó la colilla al vacío. Cerró la ventana, atrapó un montón de hilos de humo con una mano y con la otra abrió la puerta del almacén de ajuar sanitario en el que se había refugiado.

«¡Ah! ¿Es usted doctora? ¿Estaba fumando? Sabe que no puede hacer eso, luego somos las limpiadoras y celadores los que cargamos con las culpas de las colillas que aparecen misteriosamente por todo el hospital. Fíjese que el otro día sin ir más lejos...». Pero la doctora no estaba para muchos relatos y se coló entre el marco de la puerta y la mujer que no dejaba de parlotear. «Sí, si tiene toda la razón, Milagros, ¡mea culpa! No se repetirá más, pero era una cuestión de vida o muerte». «Bueno, doctora, por mí nadie sabrá nada y ya puestos...». La médica no se quedó a escuchar el resto y, dejando como el calamar su tinta en forma de una nube de «sí, claro», «por supuesto» y «ya lo hablaremos», se alejó a paso ligero.

Su destino no estaba muy lejos, tan solo una docena de puertas más allá en el pasillo, pero no había sido capaz de entrar en aquella habitación sin fumarse un pitillo que le diese tiempo a mitigar la mezcla de rabia, indignación y horror que la invadía desde que Rosa había ingresado en urgencias aquella noche.

Se detuvo ante la puerta de la habitación y tomó conciencia de nuevo de los papeles que llevaba en la mano. Eran de dos colores diferentes. Unos, amarillos, recogían el pormenorizado recuento y exposición de las brutales lesiones que presentaba Roa, la paciente, y que rezaban en el informe que ella misma había cubierto en el parte de ingreso.

Se le encogió el estómago de nuevo al repasar de un vistazo las fotos que

acompañaban el informe.

La cara se asemejaba a un pastel estampado contra el suelo en el que solo se adivinaba un ojo, pues la hinchazón del pómulo y de los párpados cubrían por completo el otro, ocultándolo. La nariz rota, aplastada, con restos de sangre seca. Los labios, partidos. Al menos un par de piezas dentales rotas. El resto del cuerpo no estaba en mejor estado y presentaba hematomas casi en su totalidad.

El estudio radiológico tampoco dejaba lugar a dudas. Las fracturas recientes, sin atender, se solapaban sobre otras de diferente antigüedad como demostraban los callos y suturas óseas. Costillas, pómulos, mandíbula y una mucho más preocupante en el hueso occipital, aunque el TAC no había mostrado lesión cerebral más allá de una ligera conmoción.

Pero si todo lo anterior era terrorífico por sí mismo, teniendo en cuenta que eran daños infligidos por un agresor tremendamente cruel y violento, había un detalle que espeluznaba más a la facultativa: el hecho de que no hubiese lesiones defensivas motivadas por la lucha de la víctima para evitar el salvaje castigo, tal vez porque se tratase de alguien conocido y de confianza para Rosa. Si todo esto podía ser poco, para más inri, el agresor había penetrado a la mujer y la había violado. Fue sobre esta última circunstancia para lo que contaban con dos pruebas fundamentales; por un lado, semen del agresor en la vagina de la víctima, y sangre de un tipo distinto a la de ésta en el cuerpo y en la manta en la que llegó envuelta a urgencias. La sangre tal vez podría ser del agresor, quizá de erosiones y heridas en sus nudillos, puesto que todo parecía indicar que fueron sus puños el «arma» empleada en la carnicería y se los habría despellejado vivos.

Los otros papeles que la doctora llevaba en la mano eran de color blanco, los que se empleaban para tramitar desde el hospital una diligencia que pusiese en marcha el protocolo de violencia de género y malos tratos.

Agarró el picaporte de la puerta y antes de girarlo para abrirla respiró hondo y pensó que en casos como este daba gracias por estar sola, antes que terminar siendo víctima de un energúmeno violento de semejante calaña.

Al abrir la puerta la cosa no mejoró para la tormenta de emociones que sentía la doctora. Allí en la cama, convertida en una momia conectada a un montón de máquinas que la monitorizaban, estaba Rosa. En Urgencias, con el revuelo y la prisa por atenderla, valorarla y estabilizarla, no había reparado en la fragilidad de su físico. Apenas cincuenta kilos de peso que no alcanzaban para más que un metro y medio de talla. Mientras la médica dejaba ir su

profesional mirada, aunque hoy afectada notablemente, por los valores que marcaban los aparatos de monitorización, de repente descubrió que ella era también observada por un ojo de un azul intenso a pesar del derrame que rodeaba el iris, que era el único rasgo que mantenía su aspecto natural en aquel maltrecho rostro.

Tras un inicial sobresalto, la doctora se recompuso y consiguió articular un «Hola, ¿cómo te encuentras? Nos has dado un buen susto. ¿Sabes dónde estás? Soy la doctora...». Rosa se tomó su tiempo y con una infantil voz, además alterada por el estado de su boca y la acción de los calmantes que se le administraron, emitió un «hola». La doctora sonrió e insistió en si sabía dónde se encontraba, a lo que Rosa respondió con un sorprendente tono de naturalidad: «En el hospital». «¿Sabes cómo llegaste aquí?». «Claro, mi marido me trajo».

«Sé que estás cansada y dolorida y quizás confusa también, pero... ¿tienes alguna idea de quién ha podido hacerte todo esto?». La doctora quiso interpretar la mueca que se vio en el rostro de Rosa un segundo antes de contestar, como producto del dolor de articular palabra. Pero por un instante le pareció una sonrisa. «Pues claro que lo sé. Fue mi marido, yo se lo pedí».

La doctora no fue consciente de que los papeles amarillos y blancos resbalaban de sus dedos y se desparramaban por el suelo.

«Vamos a tranquilizarnos; es normal que estés un poco confusa y que en tu estado no recuerdes las cosas con claridad y saques conclusiones equivocadas. No sé si es el mejor momento para decírtelo, pero si esto fuese así no deberías tardar en denunciar a semejante animal...». «¡No tiene ni puta idea!», le espetó Rosa con una voz que no parecía corresponderse con aquel cuerpecito machacado. «¡No sabe ni entiende nada! Está claro que puede saber el tipo de sangre de mi hombre, pero no ha reparado en quién se trata, ¿verdad? Mire, doctora, él es... hasta la primavera pasada fue campeón del mundo de los pesos medios de boxeo, y hoy combate por recuperar el título».

La doctora no acertaba a encontrar el modo de pronunciar algo inteligible y se limitaba, perpleja, a contemplar a la revivida mujer que le hablaba.

Rosa tosió y se atragantó; estaba claro que, pese a la vitalidad que mostraba en su euforia al contarle esto a la médica, su estado era delicado. La doctora dejó reposar una de sus manos en el pecho roto y le acercó a los labios un vaso en el que había agua y del que pudo beber un sorbo a través de una pajita.

Más calmada, la muchacha dijo: «Perdona, no es culpa suya. Usted no

sabe. Usted no puede imaginar. No entiende. No entendería...». Volvía a agitarse y la doctora le chistó amablemente para que se callase y sosegase de nuevo. Manipuló la percusión del gotero que alimentaba una vía en el brazo de las chicas y esa mágica poción obró algún hechizo que trajo paz de nuevo al azulado ojo de la cíclope momificada.

«No quiero que hagan nada a mi marido, ni quiero que usted o nadie lo denuncie». «Pero en estos casos y teniendo en cuenta su estado es lo que procede... Mira, tú no estás pensando con claridad y...». «Deme un momento y se lo explicaré; por favor, esto no es lo que parece». Otras veces había escuchado la facultativa esa dichosa frase, pero algo en la determinación del tono de Rosa le hacía pensar que tal vez esta historia debería ser escuchada. Además, siempre podían iniciar de oficio el hospital y la Seguridad Social las medidas con el «púgil maltratador».

«Todo esto es muy sencillo», comenzó a decir ya más en un tono quedo y sosegado. «Soy una chica de barrio, de un barrio duro y difícil. Usted no ha crecido teniendo que volver a casa del colegio, o un día de fiesta nocturna, volviendo la mirada atrás al oír cualquier ruido o unos pasos, pues podían ser los de cualquiera, más pobre, más borracho o más salido, que buscarse en mí unas monedas o un coño que follarse. En casa las cosas no eran mejor. Mi madre, separada o abandonada, para qué voy a mentir, se consolaba con novios cada vez más zafios y vulgares, con los ojos y las manos muy largas que a una chica como yo les parecía una perita rica a la que dar un bocado. Todo era así día tras días, hasta que una tarde, a la vuelta de la academia, porque estudiaba para aprender informática, la profesión del futuro, decían, un chaval del barrio que salía de un “bareto” se puso a seguirme muy colocado de cualquier mierda. Yo caminaba sin hacerle caso, y él parecía no cansarse soltando cada vez burradas y obscenidades más bestias. Al doblar la esquina, ya casi llegando a casa, el tipo me agarró por detrás y me empotró contra unos contenedores de basura. Yo me intentaba zafar, pero él no se callaba y metía sus manos en mi escote intentando sobarme las tetas. Empecé a pasar de la incomodidad al miedo, pero en ese momento y sin previo aviso, él, siempre es así, resuelve sus combates en uno o dos golpes, apareció como un bólido, un meteoro, que conectó con la cabeza del macarrilla en su oreja izquierda y este se desplomó como un guiñapo. Solo puede escuchar un “¿estás bien?” y descubrir los ojos y la mirada de mi héroe, mi guerrero, ¿cómo se dice?, ¡ah, sí! ¡mi paladín! Vestía pantalón de chándal, zapatillas deportivas y una camiseta de tirantes con el logo de un gimnasio del barrio en el que los chicos

entrenaban de la mano de un boxeador retirado. Se convirtió en mi sombra: me esperaba al salir de clase, me acompañaba cuando tenía que hacer recados y en algunas ocasiones llegué a intuir su presencia cuando salía a dar una vuelta con mis amigas. Pero el bravo guerrero era un tímido redomado que no se desenvolvía con la misma soltura en el cuerpo a cuerpo sentimental. Así fue que me tocó a mí llevar la iniciativa si no quería que se me escapase vivo. A esas alturas de la historia ya estaba colada como la jovencita que era, aunque bien pensado me tenía ganada desde el primer “puñetazo salvador”. En la cama era como en el ring, todos los combates los ganaba por KO y yo terminaba besando la lona agotada y reventada ante el vigor de su manera de follar.

»Su carrera fue un relámpago, una sucesión de victorias que se resolvían en los primeros asaltos, incluso en los minutos iniciales del primer round, y llegó el dinero y él se ocupó de todo: de mí, de mi familia, hizo construir una casa en la que todos vivíamos juntos mientras él seguía saliendo a sus guerras para conseguirnos su botín de euros.

»Fue tal vez demasiado bonito para que durase, y tan solo un traspiés, hace poco más de un año, en una de aquellas fiestas a las que acudíamos llevados por los promotores y anunciantes, donde en un momento determinado se lo llevaron para presentarle a un importante empresario que quería convertirlo en imagen de su marca. Se entretuvo más de lo que yo esperaba y un tipo de cadena de radio deportiva, un maduro con fama de ligón, empezó a traerme copas de cava y a coquetear conmigo. No suelo beber y el cava se me subió enseguida y me entró la risa floja, y empecé a dejar que el donjuán de quinta se acercase y ocurrió: me acorraló en una esquina y sin gran oposición por mi parte con el pedo que llevaba, empezó a manosearme y a besarme en el cuello. Seguía riéndome y repitiendo un no nada convincente cuando, al retirarse aquel para atrapar una nueva botella, apareció en mi campo de visión. No sé el tiempo que llevaba allí, pero me horrorizó lo que vi en sus ojos, una desolada expresión de derrota. Le grité que no había pasado nada, que había bebido, yo que sé qué más cosas. Pero aquel suceso intrascendente fue para él como el corte de pelo que Dalila le hizo a Sansón. Descuidó los entrenamientos, me descuidó a mí, descuidó sus contactos y casi del mismo modo que subió a la cima, se precipitó cayendo en el primer asalto de un combate que hubiese ganado con los ojos cerrados y perdió el título.

La doctora se descubrió bebiendo del vaso de agua de la paciente.

Era evidente que, a pesar de la vehemencia con la que Rosa relataba los

hechos, le estaba constando el esfuerzo lógico en alguien que parecía haber sido arrollada por un mercancías. La médica aprovechó la pausa para revisar la monitorización.

Rosa recuperó su historia: «Nada era igual, o mejor dicho, todo era lo mismo pero faltaba lo fundamental, esa chispa, esa energía que él derrochaba en el ring, en la cama, en el día a día. Lo peor era que no decía nada. Él no es hombre de palabras y ahora era por completo un hombre en silencio. Un samurái sin shogun, un Lanzarote sin Ginebra. Y yo tenía que hacer algo. Lo llamé por teléfono, le dije que quería verlo, que tenía algo para él. Era tarde y lo cité en el gimnasio que tenemos en casa. Me costó mucho pero conseguí descolgar el saco que usa en sus sesiones y lo vacié. Lo puse en el suelo a mis pies y me desnudé. Cuando entró en la estancia me encontró así. Al principio me miró con una cierta sorpresa, pero le bastó que le dijese ¡hazlo! para que él se acercase y me ayudase a terminar de embutirme en el saco. Me cargó y colgó el saco de nuevo en su emplazamiento y empezó su entreno. Al principio era horrible. Él no daba rienda suelta a todo su potencial y espaciaba sus golpes. Eso por un lado demostraba que no se estaba desahogando a gusto, y por otro hacía que entre golpe y golpe yo me doliese de la espera del siguiente. Aquello no era suficiente y le grité desde mi asfixiante encierro: “¿Eso es todo lo que sabes hacer? Tú no eres mi campeón, devuélvemelo. ¡Quiero y deseo a la bestia que ganaba en el ring y me reventaba en la cama!”. La lluvia de golpes no se hizo esperar y por un momento casi perdí el conocimiento, pero entonces todo cesó. Me sentí levantar y reposar de nuevo en el suelo. Luz, aire fresco y algunas gotas de sudor que caían de su frente sobre mí. Cuando mis ojos se acostumbraron de nuevo a la luz me encontré con aquel que echaba de menos desde hacía semanas. Los mismos ojos salvajes y enamorados y, además, ni siquiera el holgado pantalón de chándal que vestía podía disimular la enorme erección de mi hombre. “¡Fóllame! ¡Fóllame como la puta que soy!” Y me folló, allí, en el suelo, sobre el saco. Me folló hasta casi partirme por la mitad. Cuando terminó, me cargó de nuevo, me atendió los golpes y las heridas, me sumergió en un baño reparador, me acostó y me acurrucó entre aquellos brazos, armas y consuelo para mí. Y al día siguiente comenzó la reconquista del título y de nuestra felicidad. Él tenía que emplearse a fondo y yo tenía que sacrificarme, convertirme en su “saco” las veces que hiciese falta hasta esta última ocasión. Hoy es la velada definitiva, hoy su éxito y mi dicha dependían de ambos. Por eso estoy aquí y por eso estoy así. Pero... ¿qué hora es doctora? ¿Tiene una moneda? Por favor,

póngala en la televisión, el combate tiene que estar a punto de comenzar».

La doctora, como una autómatas, intentando digerir lo que acababa de escuchar, introdujo una moneda en el televisor de la habitación y seleccionó el canal preciso. La tele atronó con un bramido que procedía de un público que enloquecía mientras un hombre, una máquina de golpear, sacudía con certeros y precisos «cañonazos» a otro que se desmadejaba como un pelele.

El rostro de la muchacha pareció iluminarse a pesar de las vendas y hematomas, mientras repetía: «Así, mi amor; así, mi amor. Ese desgraciado no sabe lo que se le viene encima». La doctora se volvió sobre sí misma y se encaminó a la puerta mientras el speaker del combate anunciaba a gritos el KO. Volvió la vista a la pantalla y vio el plano del victorioso animal que, reluciendo por el sudor, levantaba los brazos en señal de victoria. Ni el calzón ni la coquilla enmascaraban lo que la médica creyó identificar como una erección.

Antes de salir, un nuevo vistazo a la cara de Rosa hizo que se encontrase con una expresión de júbilo y amor en aquel ojo azul, y una sonrisa en la destrozada boca. Mientras atravesaba la puerta, rompió de forma inconsciente los impresos de la denuncia.

Había entrado sintiendo indignación y miedo y nada había cambiado con el relato que había escuchado. Lo que había oído era injustificable y de una brutalidad animal. Inaceptable. Pero no encontraba explicación para la sensación de soledad que le invadía.

Dragonfly

Bíceps y dorsales trabajaron con eficacia hasta hacer que su barbilla sobrepasase la estructura metálica, para después y manteniéndose en vilo dar un par de sacudidas testando la resistencia del material. Debió ser la suficiente porque una sonrisa se dibujó en su rostro mientras descendía, eso sí, con cuidado a la hora de que sus pies se apoyasen en firme y no lo hiciesen sobre el bulto que yacía justo debajo de él.

No había ninguna duda. Como ella había anticipado, el dosel de la cama era recio y resistente: lo anunciaba su aspecto construido en forja en su parte superior y apoyado en cuatro columnas de madera oscura y brillante. El aspecto final de la cama resultaba un tanto siniestro, casi gótico, y no desdecía del resto de la decoración de la estancia que, además, estaba difusamente iluminada por lo estrecho de las ventanas que se abrían en unos muros manifiestamente gruesos. A esto se sumaban las contraventanas de madera de castaño, idéntica a la de la puerta del cuarto, quizás algo excesiva para una puerta interior, pero que sin duda se correspondía con lo que se usaba en la época de construcción de ese tipo de casas de campo. La casi total insonorización se daba por supuesta.

Se quedó un segundo más sobre la inmensa cama, con un pie a cada lado de ella, que era en realidad el bulto que había evitado pisar, haciendo recuento de la tarea que le esperaba en minutos. Pero no había prisa alguna: era temprano, media tarde y el sol que se colaba por las ventanas mantenía un cierto vigor. Además una parte de los quehaceres los había adelantado en el par de horas anteriores.

Descendió con agilidad, la que se podía pensar de un hombre con ese físico atlético sin llegar al exceso en su masa muscular, muy al gusto de ella. De un par de elásticas zancadas se colocó junto a una maleta que permanecía abierta sobre un escaño y comenzó a sacar objetos, uno tras otro, disponiéndolos de forma ordenada a los pies de la cama, con un esmero y

cuidado que podrían dar a entender que se trataba de algo delicado: pero no era eso, todo se correspondía con una liturgia repetida muchas veces y que, como la ancestral ceremonia japonesa del té, tenía tanto en cuenta el qué como el cómo.

La incesante actividad del hombre contrastaba con la quietud absoluta de ella. De no ser por la leve oscilación del torso al respirar, casi hablaríamos de una cadavérica inmovilidad. Permanecía en el centro de la cama, boca arriba, con los brazos y piernas ligeramente separados del cuerpo y la cara vuelta hacía el lugar donde el hombre se afanaba en la disposición de sus misteriosos enseres. Pero esto último no significaba que viese lo que aquel hacía: sobre sus ojos, cubriéndolos, estaba adherida una tira de esa cinta gris metálico que se emplea para todo tipo de apaños y reparaciones.

Él hizo un último viaje a la maleta, que cerró seguidamente. Su cara reflejó satisfacción al contemplar la marcial formación de cuerdas de cáñamo a las que pasaba revista un trisquel de acero que brillaba en contraste con la oscura alfombra del suelo. Fue precisamente éste lo primero que tomó junto con un carrete de cuerda un poco más grueso y corto que los demás. Con ambas cosas en la mano volvió a encaramarse al lecho y, con el mismo cuidado de no pisarla que antes, lo suspendió del centro de la cumbre del dosel colgándose luego para comprobar la firmeza del ingenio.

Un nuevo salto y de nuevo ante la legión de cuerdas. Tomó una en cada mano y esta vez las atenciones fueron para ella. Las manos trabajaban a un ritmo constante aunque no con prisa: iban y venían alrededor del torso femenino construyendo una maraña que rodeó, separó y comprimió los senos trasformándolos en dos cúpulas que dejaron su morbidez natural en una tersura casi insoportable, coronadas por unos pezones que perdían su color rosáceo por otro más púrpura y aumentaban su dureza mientras se hacían más y más sensibles. De hecho bastaba que él en sus movimientos o que la cuerda en sus órbitas los rozasen levemente para que se produjese un casi imperceptible estremecimiento en el cuerpo de ella y alguna agitación en su acompasado respirar.

Con un gesto firme pero no carente de cuidado, ella es volteada hasta quedar boca abajo y son ahora los brazos los que empiezan a ser rodeados de lazos y nudos hasta componer tras su cuerpo una estructura que recordaría a las alas recogidas de una libélula y que una vez ligado el «corsé» del pecho se uniría en lo alto al acerado trisquel que pendía sobre ambos.

Él no cesa un momento en su actividad: vuelta a vuelta, nudo a nudo,

ensimismado, con la frente y el pecho perlados de gotas de sudor. En un instante, una de esas gotas se desliza por el puente de su nariz y cae como un certero dardo sobre la pálida piel de ella, alcanzando su espalda a pocos centímetros de la columna. Como en la teoría del caos, un hecho tan leve crea una conmoción en su respiración que cambia su tempo e intensidad, pero más allá de eso, permanece tan inmóvil como al principio.

Los minutos pasan y el varón levanta la vista para descubrir que apenas entra luz por las ventanas, aunque no lo había notado porque entre los preparativos que diligentemente había realizado estaba colocar en sendos platos de cerámica negra más de media docena de velas negras en cada uno, que proyectaban una texturada iluminación que oscilaba a consecuencia de los movimientos del atareado ir y venir.

En segundos ya se estaba aplicando en envolver el abdomen. Al pasar la cuerda entre los labios del sexo de ella comprobó que sus dedos se empapaban del flujo que manaba de la vagina. La cuerda partió en dos su coño y al pasar doblemente dejó el clítoris atrapado con una presión que él aumentó notablemente respecto a otras zonas de la encordada anatomía.

Se detuvo unos minutos y, mientras bebía algo de agua de una jarra que allí tenía dispuesta, pensaba que tal vez ella también estaría sedienta. Tomó uno de los ya minúsculos hielos que flotaban en el interior. Se situó al lado de la cabeza de la mujer y, levantando la mano, intentó hacer puntería en la comisura de su boca con éxito. La respuesta fue automática: los resecos labios se separaron y una lengua rosada y húmeda apareció buscando con fruición el escaso líquido. Era una de esas lenguas largas y agudas en su punta que se curvaba en una sibilina «s» al sacarla con insistencia su dueña. Él introdujo el pedacito de hielo en la boca y casi sin darse cuenta dejó caer su mano pesadamente sobre la mejilla, haciendo que ella respondiese triturando el agua congelada entre sus dientes. Pero nada más: ni un ay ni un respingo o gesto brusco. Tras tragarse los fragmentos de hielo, tan solo un sordo suspiro.

Vuelta a la tarea, son las piernas las que esperan ahora su transformación en dos poemas de cáñamo y piel. Las amarró de manera independiente, con dos ángulos distintos en la flexión de la rodilla, y los cabos terminaron uniéndose a los que ya estaban sujetos a la cúspide del dosel en el trisquel plateado. Sometió a una ligera tensión las cuerdas tirando de ellas y las alas de libélula y las piernas se levantaron sobre la cama, arqueando todo el cuerpo de ella, que aún mantenía el abdomen apoyado en el colchón.

Casi no quedaba nada de la formación de enseres en el suelo más que un

par de rollos de cuerda y un gancho de acero tan pulido como el trisquel y rematado en su extremo por una bola del tamaño de una pelota de golf. Lo tomó junto con una de las cuerdas, se acercó de nuevo a ella, que parecía un pálido insecto posado esperando para iniciar el vuelo, y tomando su cabello lo amarró con la cuerda con firmeza en su nuca. Escupió en su mano y embadurnó la bola del garfio de saliva para introducirla un par de segundos más tarde en el por un momento sorprendido ojete de la fémica, aunque eso no impidió que se lo tragase sin problema para terminar alojado bastante profundo en esa vía. El cabo de cuerda que ceñía la prieta coleta de cabello se enhebró en la arandela que coronaba el otro extremo del gancho y, al apretar ella aún más el nudo con un gesto de su cuello, se elevó en una extensión deliciosa mientras que por el otro lado se imprimía más fuerza a la penetración del culo. Sólo quedaba una cosa y procedió a realizarla tirando de todos los extremos de los cabos que pasaban por el anillo cenital. La mujer insecto emprendía vuelo y, al perder todo contacto con la superficie de la cama, piel y cuerda hicieron más íntimo su diálogo. Por obra de la gravedad, las articulaciones y los músculos multiplicaron sus sensaciones, quién sabe si placenteras o dolorosas: es a veces tan difícil distinguir lo uno de lo otro.

Se bajó de la cama, se retiró un par de pasos más y la contempló oscilando con un vaivén musicado por el crujido del cáñamo al apretarse los nudos. Todo estaba tal y como debía estar. Se volvió y abriendo de nuevo la maleta recuperó de su interior otro grupo de objetos que dispuso sobre la cama en otra estudiada formación. Se ordenaban claramente por su longitud y, así, de izquierda a derecha aparejados, estaban una fusta de cuero negro trenzado, un flogger de doce colas también negro y, por último, uno de esos potentes vibradores Hitachi, para el que enseguida buscó un cable largo con el que conectarlo a la red. Dos o tres compulsivos retoques para una perfecta colocación de sus herramientas, y vuelta a la maleta que parecía no tener fondo para sacar de ella un paquete de guantes de látex negros y un lubricante con base de agua sin aroma ni sabor. Se tomó el tiempo para calzarse un par de guantes y de uno de esos elásticos saltos se encaramó a la cama, se colocó en un ángulo del inmenso colchón, recogió el látigo de colas y midió la distancia que le permitiese alcanzar el cuerpo de ella con comodidad. Como una muda señal de que algo iba a comenzar, acarició levemente el extendido cuello, y sin mediar palabra empezó a descargar golpecitos leves y rápidos solo con la punta de las colas, haciendo girar en molinillo el artefacto de cuero.

A la primera y acelerada descarga de golpes que recorría el cuerpo de la mujer de un lado a otro, mientras giraba impulsada por estos, siguió otra mas pesada y violenta en la que él dejaba caer casi la totalidad del haz de cuero y dejando a cada impacto un enmarañado diseño de marcas rojas. Tuvo buen cuidado de no alcanzarla en la cara, pero casi no hubo centímetro de piel que no recibiese uno de esos brutales besos. Solamente cuando los impactos eran en los pechos, intentando hacer diana en los pezones o en su coño, donde el inflamado clítoris asomaba entre las cuerdas que marcaban un cameltoe, ella exhalaba algún suspiro, a veces llegaba a gemido, pero que nadie calificaría de queja, más bien de todo lo contrario. Esto se prolongó tantos minutos como para que el verdugo volviese a sudar notablemente.

Cuando le pareció que la piel estaba bastante cuajada de marcas, cambió de apéndice para el dolor y comenzó a propinar selectivos y certeros fustazos con una fuerza despiadada. Las nalgas, las plantas de los pies, los muslos, fueron algunos de los blancos que sirvieron de pliego para que él ejercitase su caligrafía brutal. Ya no solo sudaba, también resoplaba por el continuo ejercicio.

Resuena un sordo clarín y se cambia de tercio. Él suelta la fusta y colocándose entre las piernas de ella manipula los dos cabos de cuerda enterrados en su vagina y los extrae para hacerlos coincidir con los pliegues de sus ingles, donde quedan incrustados. Se agacha y coge el lubricante, pone una abundante cantidad en su mano izquierda y se entretiene manipulándolo para que embadurne casi toda su palma y dedos. Vierte un poco más y se lo esparce generosamente por el ano y el coño, restregando el dorso de su engomada mano para lubricarla por entero. Suelta el bote y lo cambia por el vibrador que ahora empuña con la derecha mientras los rápidos e inquietos dedos de la otra mano empiezan a curiosear en la entrada de la vagina. Van haciendo incursiones, primero en solitario, luego en pareja, trío, cuarteto y de ahí a alternar unas nada consideradas penetraciones de una mano que al principio era un huso para convertirse en más que un puño, un ariete. El abdomen de ella se convulsiona, se agita; el cuerpo sufre espasmos y la garganta vierte guturales gorjeos. El hombre deja su puño cerrado en el elástico y ceñido interior de su coño y alterna movimientos adentro y afuera con otros circulares en de la húmeda cavidad. Un zumbido empieza a sonar y le espeta sobre el clítoris el vibrador que esperaba este momento para hacer aparición.

No hay gorjeos, sólo una letanía en forma de un grito que solo articula una

palabra: «Más... más... más...».

El hombre no cesa en su insistente bombeo y la máquina implacable e insensible trasmite una vibración que se traslada en oleadas concéntricas desde el clítoris a cada rincón de su cuerpo. El puño recibe señales más que inequívocas de algo inminente y espera en su encierro hasta el segundo exacto en el que se retira como una exhalación y deja brotar un torrente de flujo fruto de la sucesión de orgasmos que ella experimenta. La mano derecha se mantuvo entonces firme empotrando la cabeza del vibrador en el sitio preciso para que el gozo no terminase.

Todo parecía haber llegado a su fin. Él se retiró un paso oscilando sobre el colchón. Y abandonando el juguete para luego quitarse los guantes se palpó la bragueta del pantalón, la única prenda que vestía, y calibró su intensa y casi dolorosa erección. Se sacó la polla y colocando la cabeza de ella en la posición adecuada presentó el glande a los labios de la mujer, que presta abrió a la par que sacaba la lengua como si de una alfombra de bienvenida se tratase, para que el miembro la penetrase de un solo empujón más allá del final de la boca invadiendo la garganta, excitando las glándulas salivares que manaron abundante saliva que anegó la boca y se derramó sobre los testículos.

Con tal grado de excitación bastó un par de docenas de empujones para que él se corriese en el interior de su garganta casi ahogándola. Se quedó unos segundos allí disfrutando del acogedor refugio de su boca y luego se retiró sin muchas ceremonias. De la boca de ella cayó un mar de babas al que se sumaban afluentes de lágrimas que procedían debajo de la cinta adhesiva que seguía cegándola.

Devolver todo a la maleta fue un suspiro comparado al ritual anterior. La descolgó y desató con maneras y gestos más mecánicos, no faltos de cuidado y atención. La depositó en el centro de la cama, frotó en algunos puntos la magullada piel y tras quitar la cinta de los ojos, que ella no abrió, la arropó con una manta.

Se detuvo un segundo, junto a uno de los postes de la cama, escuchando. La acompasada y profunda respiración de la mujer le indicó que dormía. Así que él se agachó y tomó algo del suelo, algo que estaba ligado al poste por una cadena. Era un collar de cuero como el que podría llevar cualquier perro de gran tamaño. Se lo ciñó al cuello y de esa guisa se acostó a los pies de la cama. No le costó más de un minuto dormirse.

La raquílica ventana regalaba un compacto haz de luz, el día se aventuraba luminoso.

Casi entre sueños él escuchó un delicado pero firme: «Buenos días ¿cómo ha dormido mi perro bueno hoy?». Él se desmereó y de rodillas se desplazó hasta un lateral de la cama desde el que pudo alcanzar, estirando el cuello, la mano de ella, propinándole con su lengua sonoros y húmedos lametones.

«Buenos días», dijo él, «¿Cómo se encuentra hoy mi señora?».

Ella solo respondió con una sonrisa que colmó de satisfacción al hombre-perro. Él se incorporó y tomó de una silla cercana un albornoz. La ayudó a incorporarse y a ponérselo. Afianzó la posición de la mujer con unas almohadas y se dirigió a una esquina de la habitación donde algo había hecho guardia toda la noche. Lo situó a la vera del colchón y con entrenados movimientos la cargó en sus brazos hasta sentarla en la silla de ruedas.

«¿Mi señora está cómoda?», preguntó.

Ella asintió con la cabeza y con un esforzado gesto del brazo izquierdo le regaló una caricia al hombre-perro en el antebrazo que él agradeció correspondiendo con nuevos lametones. «Shhh... shhh... quieto no te animes. Ahora bájame a desayunar».

«Mi señora», dijo él, «hay algo que me gustaría decir si me da su permiso».

Ella frunció el ceño y lo miró con rigor.

«Es por lo de ayer. Ya sé que usted deja dispuesto cómo quiere que esté y suceda todo y es para mí un placer y un orgullo que me permita complacerla. Yo me aplico en que todo se cumpla con exquisito rigor, pero ya sabe lo que le advirtió el neurólogo. La esclerosis puede volver en forma de nuevo brote y aumentar el grado de postr...».

Ella le interrumpió:

«¡Shhhh! ¡Cállate! ¡Sé un buen perro y déjate de historias! Ya sé lo que me pasa, ya sé lo que tengo, ya sé los riesgos que corro al exponerme a situaciones de intenso estrés y también sé que no quiero morir antes de la muerte. Ven... deja que te rasque... eres un buen perro y quieres a tu ama y lo mejor para ella; por eso vas a ser obediente y me vas a dar un desayuno estupendo. Estoy hambrienta como una loba y ya sabes lo que los lobos hacen con los perros que los enfadan...».

Malos hábitos

Un «¡mecagondios!» salió de su boca, sincronizado con la expulsión de su semen, que hizo puntería en el fondo de la garganta. De hecho, fue un preciso y cuidado disparo. Pretendía evitar que se derramase una sola gota y estropease el maquillaje. Para ello, prefirió, ante la inminencia del orgasmo, dejar de bombear dentro-fuera de la muchacha y meneársela en los últimos segundos antes de explotar. La eyaculación fue copiosa y ella se la tragó sin que nada se perdiese.

El hombre retrocedió. Mientras emitía un gruñido, giró para apoyarse con ambas manos en la pared más cercana. Jadeaba, aunque no tardó en acompasar su respiración. De unos cincuenta y tantos, el pelo notablemente canoso, rapado en un marcial corte a cepillo, hombros y cuello robustos, brillantes de transpiración. La piel del rostro curtida y esculpida por líneas de expresión, notables en una tez morena y el acerado azul de sus ojos. Vestía una camiseta interior de tirantes, de un blanco que se mostraba humedecido por el sudor. Pantalón negro de corte clásico, de franela sin cinturón y del que a través de la bragueta abierta, asomaban la erecta polla y los huevos. Los zapatos negros, de cordones, brillaban con un impecable lustre.

Volvió la cabeza por encima de su hombro, y fijó la azulada mirada en ella. A primera vista resultó complicado hacerse una idea de lo realmente bonita que era, con la cabeza colgando de la mesa en la que estaba tumbada boca arriba, aunque algo escorada hacia uno de los laterales del tablero, de modo que un brazo colgaba por fuera hacia el suelo. Estaba casi desnuda, solo vestía un precioso corpiño de primera marca de lencería de color blanco, con portaligas incorporado y que dejaba asomar por una de sus copas un pecho casi perfecto, coronado por un pezón de enorme aureola, duro y turbado. Oscilaban sus pechos con un plácido ritmo respiratorio que hablaba de la relajación de la dama. Su sexo estaba totalmente rasurado, expuesto, pues no llevaba bragas, y bajo el monte de Venus, seriamente enrojecido, se veía la abertura que formaban los labios vaginales, donde asomaba un más que rojo e

inflamado clítoris. Lo que llamaba la atención era el artefacto plateado que salía de su culo.

Él pensó lo distinta que se veía, teniendo en cuenta el estado de agitación e histeria en los que había llegado a esa habitación, hacía ya un rato. La había metido en la estancia de su mano, entre hipidos y llantos, casi a rastras, al tiempo que le repetía frases y palabras tranquilizadoras, aunque con un tono riguroso y autoritario.

Mientras se agachaba para recuperar del suelo su cinturón, pasándolo por las trabillas del pantalón, se le reprodujo la escena reciente. Cómo había golpeado con duros trallazos el sexo, buscando hacer diana en el clítoris. La había obligado a contar en alto, siete veces siete, como los pecados capitales, como los espíritus que fueron expulsados de la Magdalena... Se vio de nuevo, introduciendo sin cuidado ni piedad el improvisado dildo de plata en el elástico ano de la que no hacía tanto era una niña y que en ese momento abandonaba el llanto con atropellados suspiros, gemidos y ronquidos que demostraban su conformidad y gusto con la penetración.

Con su pantalón firmemente ceñido de nuevo por el cinto, él se acercó a una mesa cercana donde encontró dos recipientes: uno con un aromático vinagre suave de vino y otro con un vino dulce, como de postre. Se hizo con un lienzo de lino, de entre varios dispuestos en esa misma mesa, y se acercó a ella. Su voz ronca de por sí, de barítono, sonó más grave aún en la acústica de aquella sala, de reducida superficie, pero de notable altura, cubierta de madera antigua, como la de todos los muebles que allí se encontraban.

—Lo voy a sacar.

Y tirando de un solo gesto, liberó el barroco pene de metal del esfínter que contestó con una serie de contracciones involuntarias. Respondió ella con un «ay» que no parecía deberse a dolor alguno. El hombre lo observó unos segundos haciéndolo girar en su mano, descubrió algún resto adherido de mierda en el extremo.

—Abre la boca —le dijo.

Obedeciendo, rodeó con sus labios el metal aún caliente de sus entrañas; con una intensa succión y movimientos de su lengua, consiguió que al salir la plata estuviese inmaculada, de nuevo sin presencia alguna de heces. Entonces él, usando el lienzo blanco, secó la saliva y cuando hubo terminado, depositó el artilugio en una bandeja junto a un recipiente lleno hasta la mitad de agua.

—Separa más las piernas.

No se hizo esperar y poniendo sobre el paño un chorro de vinagre inició

una lenta y cuidadosa friega sobre la macerada piel del pubis. Tuvo la precaución de no alcanzar la entrada de la vagina, que a tenor de lo inflamado de los labios y el clítoris, habría ardido en contacto del líquido. Por ello se sirvió de un nuevo lienzo, que empapó en algo de vino dulce y con él atendió no solo el coño, si no también el dilatado ano. Ya estaba terminando cuando reparó en la mirada de la chica que se fijaba en algo que no le costó adivinar: su polla. Seguía sobresaliendo del pantalón, flácida, y de su orificio colgaba una grumosa gota de semen.

—¿Puedo? —la oyó decir con un hilo de voz—. Por favor ¿Puedo?

Solo bastó un gesto de aprobación con la cabeza y ella ya estaba dando buena cuenta, a lametones, de esa golosina final. Una sonrisa se dejó ver en el juvenil rostro.

Aprovechando que se había bajado de la mesa, le ordenó que se quedase ahí y él empezó a recopilar del suelo prendas y a continuación comenzó a vestirla. Las medias primero, el rito de atar uno a uno los tirantes del portaliagas del corpiño, devolver la impresionante teta al interior de la copa. Las bragas después. Concretamente un coulotte que ajustó a la cintura esbelta, no sin antes echar una mirada a aquel prodigio de coño, en el que el tratamiento balsámico empezaba a hacer que recuperase su tono pálido. Aquel coño que nunca había penetrado. Ese aún virginal agujero que preservó de su polla o la de cualquier otro, pues siempre la poseyó sodomizándola.

Los zapatos, vertiginosos de altura, le conferían al empeine una extensión digna del más escogido fetichista. De acharolado brillo. El vestido ahora, con un escote palabra de honor coincidente a la perfección con el del bustier. Ambos creaban una ingeniería que ofrecería a la vista de los demás un escote que levantaría más de una polla y quién sabe si no mojaría algún chocho hipócrita y reprimido. Además, el corte de la cintura dibujaba una silueta excepcional. Y es que «la hija de puta está buena de verdad y cada día más», pensó él. Abrochó a su espalda la miríada de botones, escuchó los golpecitos a la puerta

—¿Va todo mejor?

La respuesta fue solo un atropellado «sí, sí, mejor, mucho mejor, ya casi estamos. ¿Verdad, mi niña?». Esto pareció bastar a quien estaba al otro lado de la puerta y se percibió un murmullo con más de un autor.

Un par de detalles más, pensó el improvisado ayuda de cámara. Y con cierta dificultad la ayudó a calzarse los interminables guantes que le cubrían hasta los codos. Le tomó la cara entre las manos y repasó el rostro. El

maquillaje estaba casi intacto (en parte mérito de las maquilladoras y en parte suya al haber sido tan cuidadoso corriéndose con puntería). Tan solo los ojos acusaban el efecto el llanto, pero ya había llegado allí llorando, con lo cual y por la especial condición de la jornada, unas lágrimas más o menos a nadie sorprenderían. El pelo igual, el trabajo de peluquería había sido impecable, y el recogido, construido para aguantar el largo evento. El polvo que habían echado hacía unos minutos no sacó ni un pelo de su sitio.

—Espera un momento —le dijo. Y entonces él se agachó y enseguida y con más prisa de la que había empleado en la composición del vestuario la mujer, se puso la pechera con el alzacuellos incorporado. Se dio cuenta que seguía dejando colgar fuera su miembro y testículos. Los metió en la bragueta, no fuese que quisiera volver a mamárselos. Siguió la casulla blanca y la estola para completar el hábito de sacramentar.

Ella lo miraba de reojo, con un semblante sereno e iluminado por un radiante halo. Habrá quien diga que fruto de la emoción por el paso que iba a dar, pero ambos sabían que era por lo que había sucedido entre las cuatro paredes de esa vieja sacristía.

—Me alegra ver que estás ya tranquila.

—Sí, mi señor —respondió ella.

Él continuó diciéndole que ahora iban a salir, que la iba a poner en manos de su padre y que por fin terminaría la espera de los más de trescientos invitados de elevada y selecta posición económica y social que aguardaban a la nerviosa y asustadiza novia. Para que después y frente al altar mayor de la catedral, él mismo la entregara en santo matrimonio a aquel panoli cuyo único mérito eran su linaje y patrimonio.

Así sucedió. La puerta se abrió, el arzobispo entregó una dócil y candorosa novia a un padre y padrino que, pasado el sofoco, estaba henchido de orgullo. Durante la ceremonia, el oficiante, el arzobispo que además había sido tutor y guía espiritual de la joven desde la más tierna infancia, el mismo que la disciplinaba con azotes tras la confesión de los primeros deseos inconfesables de la entonces adolescente, el que la ceñía de mordientes cilicios, la caneaba con finas varas que marcaban su piel para forjar su temple, en definitiva el que fue su Maestro y su Amo en su inocencia, para modelarla a su antojo, pero con la generosidad suficiente como para permitirle gozar de los placeres de la carne, que a ojos del mentor eran aceptables; pues bien, ese mismo cura de elevada jerarquía mintió ante su dios y los hombres al pronunciar eso de «te entrego esposa, no sierva». Pues aquel petimetre

relamido y estirado saldría de allí con el cuerpo y la compañía de aquella que llamará su mujer, pero esta solo será sumisa para servir al único amo y señor que ha tenido y tendrá. Y ante toda la familia y de forma generosa se comprometió a seguir siendo el director espiritual de la que enseñó a pecar en santidad.

Posfacio

Entrevista con Rafa Ron - Octubre de 2018

Por Nieves Bruxina

Rafa Ron comenzó a escribir estos relatos ante el entusiasmo suscitado por la publicación de la novela Cincuenta sombras de Grey, de la escritora británica E. L. James. Se mostraba muy crítico con ese tipo de literatura en general, y cuando alguien le señaló que resultaba muy fácil criticar sin escribir, el autor abordó un primer relato, que mostró a sus compañeras de trabajo y a su entorno más cercano, con cierto éxito. Fue entonces cuando Paloma le animó más que nunca a que siguiese escribiendo y publicando en su blog (Negreando, actualmente cerrado) y moviéndolo por redes sociales. A lo largo de ese período se perdieron muchos textos.

«A veces bastaba que saliera a dar una vuelta en bici, y le diera dos meneos a una conversación que hubiera tenido con algún amigo, o a alguna situación previa, o a alguna noticia, para que me pusiera a escribir; también había imágenes que estaban dando vueltas por mi cabeza y su insistencia me hizo plasmarlas en algo más concreto».

Ese primer relato que escribió fue Rude awakening, que abre este volumen. Según palabras del autor, «trata del despertar de una pareja, con un encuentro sexual muy tórrido, que se ve interrumpido por la aparición de los niños. La idea detrás es la de poder tener aventuras dentro de lo cotidiano y de la vida doméstica convencional». Asegura que el cuento fue escrito en apenas una hora y sin revisiones.

Fue inevitable preguntarle por el «sado vainilla» que a su juicio muestra Cincuenta sombras de Grey. Rafa Ron comenta que no puede tener peor opinión de ese texto, que le resulta antierótico, y añade con ironía que le parece una trampa moralista, que tiene el mismo valor y la misma orientación ideológica que aquel libro titulado Cásate y sé sumisa, que también tuvo bastante eco en los medios durante una temporada.

¿Entonces Grey, como fenómeno social crees que es positivo o por contra piensas que ha hecho más daño a la imagen del sado?

«Hay cosas», dice, «tanto en el BDSM como en el sado, etc., que se asemejan al tango, que no es un baile apto para todos los públicos. Además uno puede aprenderse los pasos pero eso no quiere decir que sea un tanguero, ni puede decirse que entienda el tango, la milonga o el malevaje; eso son temas mayores. Del mismo modos hay gente que se quedó con cuatro juegucitos y otros tantos juguetes, y eso también está bien, que la gente le diera movimiento y alegría a sus vidas...».

El blog Negreando estuvo en activo durante un año aproximadamente. En la actualidad está cerrado y lleva así unos tres años. Rafa Ron publicaba en él

prácticamente todas las semanas algún relato o texto, a tenor de la actualidad, tomando en muchas ocasiones como referencia las propias redes sociales.

Los relatos fueron escritos en un período de dieciocho meses, entre los años 2013 y 2015.

Así es que yo tengo los manuscritos casi desde el principio. Pensé, fíjate, que eran más antiguos, quizás de los años 90. ¿Los documentos originales están escritos a mano o a máquina? ¿La elección a la hora de escribir obedece a alguna razón?

«Los documentos originales están escritos a mano, en libretas que hay por casa amontonadas; son borradores, luego los pasaba al ordenador y hacía el primer filtro y los revisaba, pero en ninguno de ellos hay repaso ni trabajo de reedición posterior. Están como salieron, están terminados en la cabeza y los escribo casi como al dictado de un guion interior. Entiendo que te vayas a los años 90 porque evidentemente la mayor parte de las imágenes que los han motivado son cosas que vienen de la gente de mi entorno con los que he compartido y he hablado. Y me he quedado con hechos que encontraba interesantes o curiosos o que me inspiraban de alguna manera, alguna imagen. Se trata de personas que hemos desarrollado en esa década la mayor parte de nuestra vida en común. Supongo que por eso también puedes tener esa sensación».

A continuación Rafa Ron ofrece sus impresiones personales sobre los diferentes relatos que componen este volumen.

Epílogo:

«Es quizás un relato más personal».

Karma Mantis:

«Trata de una chica camgirl colombiana que conocí, de esas que hacen servicios porno online. Hay un par de rasgos reales en el personaje de la muchacha en sí. En general siempre llego a los relatos por cosas diversas y dispersas que voy encontrándome por ahí... Y, ¡pim!, disparan algún resorte. Se trata de manías de voyeur de la vida que rellena huecos de cosas que sólo conoce de modo parcial».

Esposados Desatados:

«Lo escribí por ver si sabría contar algo desde la homosexualidad y

erotizar a algún amigo gay con fetiches que no son los que en principio me mueven a mí, ni manejo tampoco. ¡Y alguno se puso contento con el cuento, sí!».

Palidez:

«Surgió tras ver una caja de lombrices de pesca, y cómo se movían. Y de ahí pasó a tomar forma en mi cabeza y luego al papel. Quería hacer un final feliz».

Puppy (al preguntarle por este relato, sonrío):

«Fue una chorrada, una gamberrada que se me ocurrió de repente, tras una conversación que había tenido con gente en Twitter y con personas que se acercaban a mi blog y que habían dejado algún comentario, quizás fue una divagación».

Regina:

«Es otra historia. Regina además tiene un referente directo, que es una persona que conocí también en las redes. Cuando tenía el blog abierto empezó a aparecer una chica, que pensé sería un montaje editorial porque era alguien que estaba escribiendo y publicando su biografía casi en fascículos en Amazon. Era una mujer que se presentaba como esclava sexual y prostituta de servicios extremos, y de repente vi un tuit que decía “Lean a malasombra69 con su blog Negreando, el mejor blog erótico de la red”. Me quedé muy sorprendido porque yo no pensaba que tenía un blog erótico, sino un blog en el que publicaba relatos que escribía y los compartía: ensayos, inquietudes y pijadas. Yo bien pensé que aquella mujer era un montaje para darle publicidad a esos librecitos que estaban publicando, pero descubrí que no, que había un personaje real, y empecé a tener correos con esa persona, me empezó a hablar y a contar su vida, sobre sus situaciones y sus experiencias, y aluciné».

»Entonces quise hacer una especie de viacrucis femenino, en el que había un proceso de redención. Se supone que ese relato acababa bien, con ella viva y a salvo. Pero cuando se lo di a leer a ella, antes de compartirlo en la red, no se vio reflejada, dijo que era un trabajo “muy poco profesional por parte del personaje que yo había creado”, y que no se sentía para nada identificada. Ella lo llevaba todo a unos términos de frialdad absoluta, pensaba que todo eso estaba muy bien y que se podría hacer y que correspondería a algunos de los servicios que ella había podido dispensar en algún momento, y que además

cuando ella iba a esos servicios con mucho público siempre llevaba protección y un guardaespaldas, y que no le podían pasar cosas por el estilo.

»Entonces decidí cambiar el relato al pensar en alguien que tenía tan clara su condición, sus funciones, y que había ya asumido ese papel en la vida. Y bueno... yo no tengo porqué salvar ni rescatar a nadie, y entonces le dí el final que me parecía más coherente con todo ello, que era el que la mataran. El personaje que tiene detrás, Sandy Durmmond se hace llamar, no sé si sigue en Twitter ni si tiene la cuenta abierta. Hasta hace un año que tuve contacto con ella, seguía en funcionamiento y continuaba prestando servicios. Era un tía canaria que había trabajado la mayor parte de su vida en Miami al servicio de su marido que era su dueño y propietario.

Segundos Fuera:

(En este relato le pregunto sobre lo políticamente incorrectos que pueden resultar algunos de sus textos, en especial, quizás, este del boxeador).

«Es un relato difícil de entender, que en ningún momento está defendiendo ninguna forma de violencia, ni nada parecido. No hay apología de la violencia. Ese cuento, de hecho, lo inspiró una escena nocturna de gatos, en celo, alterados. Mientras escuchaba la forma de pelearse por las calles empecé a darle vueltas y me puse a escribir. Pretendía plasmar lo estupefacta que se podía quedar la médica al encontrar una situación así de una realidad que ella evidentemente no puede compartir, no puede asumir, no puede aceptar, pero que sin embargo para otra suerte de personas se convierte en algo cotidiano y natural, que forma parte de su código».

»Yo siempre digo lo mismo: aunque vaya vestido de negro, no quiero ni ser juez ni cura. Ni juzgo ni condeno; no quiero hacer juicios morales sobre nada. Yo tengo mi opinión y tengo claro que si hay algo que me repugna es la violencia, y sobre todo la violencia de género, pero para esos dos personajes que viven y aman y quieren de una forma casi animal y primitiva, era una forma de natural y normal de relacionarse en su código. Y bueno, molestar un poco, también ¿eh? Escribir para incomodar también resulta atractivo. Además, que hables de un crimen o de un delito o de una fechoría o de una conducta inmoral no quiere decir que la compartas: sencillamente la expones y la relatas. Creo que intento mantener esa distancia en ese sentido. No aplaudo nada, al contrario, ni quiero crear una situación que pueda mover a alguien a encontrar atractivo meter a alguien en un saco y golpearle de esa manera.

»Quiero pensar que la gente, al acabar de leer este relato, termine con la

misma sensación que la doctora que entrevista a la paciente: que piense lo que acaba de ver es una atrocidad que no entiende, que no puede compartir, que le horroriza, y que le produce rechazo e incluso algún tipo de temor.

Dragonfly:

«Nació del divorcio y relación de unos amigos y como yo veía su historia desde fuera. Y ya ves en que se convirtió».

Malos Hábitos:

«Fue muy simpático, porque este relato se lo di a leer a una amiga y me dijo que era un cortarrollos, que se lo estaba pasando muy bien hasta que llegó al final y descubrió cuál era la situación de los personajes de la historia, y que le había bajado el subidón de golpe... Este fue uno de esos textos que vinieron motivados más por el fenómeno de la trilogía que otra cosa, por enseñarles a mis compañeras que había otra manera de entender ese tipo de relaciones con juegos de dominación, al margen de las estándar».

¿Crees que todo amor ha de implicar entrega sin límites?

«El amor implica entrega, por supuesto. El amor implica entrega, compromiso, implica todo lo que uno quiera poner dentro. Luego ya depende de cada uno, y hasta dónde marque cada cual sus propios límites».

¿Puede el dolor ser redención?

«El dolor puede ser una cuestión objetiva e instrumental y puede ser una herramienta. El sufrimiento, el padecimiento, la angustia, pueden ser algo completamente distinto. Yo creo que el dolor lo que muchas veces hace es resultar catártico, pero depende: una cosa es que dos personas utilicen el dolor como un instrumento o código personal, y otra cosa sin embargo es que los términos de una relación o el compromiso de una relación amorosa o pasional lleve a sufrir a uno de los dos participantes o a ambos; eso es otra historia. Si el dolor se busca, se controla, se pacta, se negocia, puede ser estupendo. Si el dolor se convierte en una imposición para uno, es un castigo. Solo se puede entender el dolor como un castigo si se convierte en una no-elección».

»Está claro, por ejemplo, que en el caso del relato Segundos fuera el personaje de la chica se impone a sí misma la condición de su propio padecimiento para devolverle el valor y la categoría de macho bragado al boxeador que lo ha perdido todo porque era tan frágil que por una simple

aventura de ella pierde la confianza en sí mismo y en su relación y en lo que le daba sentido a su vida. Bueno, para ese personaje, el dolor sí tiene un valor de redención y de reequilibrio de una situación que se había quebrado. Eso es lo que creen los personajes, no sé si yo lo compartiría de esa manera.

¿Qué tienen en común el placer y el dolor?

«Hay una canción de Queen que dice que el dolor esté tan cerca del placer... (“Pain is so close to pleasure”). El dolor y el placer están cerca en muchos sentidos porque es una forma de estimulación del sistema nervioso y de todo lo que puede ser nuestra percepción, la agudiza. Y claro que el dolor puede incrementar el placer. Y el placer supone, a veces, la utilización de un cierto dolor y controlarlo. Yo creo que es tan interesante como eso: utilizar el miedo la incertidumbre o el control de los estímulos para influir en uno y en otro».

Tenemos el binomio placer-dolor. ¿Crees que son necesarios ambos para sentirse vivo?

«Sí, supongo que sí, es un binomio (sonríe). Pero yo creo que lo interesante de esto es hacer una ecuación polinómica, que no sean solo dos factores o dos herramientas, sino que vaya todo: el miedo, la curiosidad, el desconocimiento, la inquietud, la incertidumbre... tiene que haber muchas más cosas. Yo creo que desde luego es un binomio que funciona. Y además aparece en todo el desarrollo de la humanidad, y de la conducta erotizante o emocional o afectiva o amorosa, es innegable. No se puede decir lo contrario».

Háblame sobre tu trayectoria. ¿Cuándo empiezas a escribir? ¿Por qué lo haces? ¿Cuáles son tus influencias?

«Escribir, de una forma o de otra, siempre he escrito. La verdad es que ha sido una cosa que me ha acompañado siempre. Respecto a escribir algo más sensible yo creo que este ha sido el único intento; por eso te digo que son relatos auténticos supervivientes, y son los rescatados por Paloma, porque si ella no hubiese insistido, igual que hubieran aparecido se habrían esfumado, como todo lo anterior».

»Influencias, supongo que todo. Muchísimo cine, mucha televisión, y en el ámbito literario todo lo que llevo leído en la vida, que ha sido muy variado. Pero si tuviera que hablar de referentes más inmediatos citarí, por ejemplo, a Raymond Carver. Todo el realismo sucio americano me encanta. Y luego gente como (Chuck) Palahniuk últimamente o Cormac McCarthy. Son escritores que me resultan atractivos. Y la novela negra siempre me ha gustado mucho, toda la novela de género. Luego los clásicos. Supongo que como todo el mundo

tienes épocas en las que lees bestsellers y cosas por el estilo, pero luego soy un lector bastante habitual de poesía: me gustan los clásicos y revisar algunas de las propuestas más actuales.

»Pero como escritor favorito citaría probablemente a José Saramago. Cuando lo descubrí pensé que escribía para mí y que era un referente directo.

»Supongo que escribo muy influenciado por la visión más cinematográfica y televisiva de las cosas. A veces me da la sensación de que escribo casi como guiones de escenas más que situaciones literarias o narrativas. En lo que más me centro es en la creación de ambientes o situaciones descriptivas, en intentar dar con los perfiles para los personajes que tengan ligeros toques, que no resulten figuras demasiado planas. Me gusta que cuando alguien lee algo que he escrito me hable de esos personajes por su nombre porque parece que le reconocen una cierta vida y una credibilidad, aunque no la necesiten tener, pero eso le otorga la condición de creatura.

¿Para quién se escribe? ¿Para uno mismo, para cierto público cercano? ¿Pensaste en algún momento en publicar estos relatos? ¿Un blog calma o colma la necesidad de compartir y ser leído?

«Yo siempre he escrito, supongo, que para mí, por darle un punto más de reflexión a cosas a las que le voy dando vueltas, o situaciones que voy encontrando en la vida. Ya te digo que supongo que yo he sido un espectador de todo lo que ha ido ocurriendo a mi alrededor. A veces soy de los que sientan en una terraza a ver la gente pasar y se imagina cómo va a continuar la vida de la pareja o del grupo o del individuo que acabo de ver. Y a lo mejor de ahí sale una idea que crea una escena y una imagen y una trama, no sé».

»Y fue curioso lo del blog al compartirlo, porque me sorprendía que alguien se emocionara o disfrutara de lo que yo le estaba exponiendo o contando. Nunca pensé que alguien pudiera darle más valor a lo que yo escribía en un papel. Y en ese sentido fue gratificante.

Quizás compartas con Saramago muchas más cosas de las que crees. Si me permites la apreciación, el escepticismo quizás, la serenidad al hablar sobre todo, la humildad.

«No sé si podría decir eso. Yo puedo decir que siempre me sentí muy cómodo entre las letras de Saramago y que descubrirlo fue como encontrarte con esas personas que te dan la razón en lo que dices, no porque tengan que darte la razón, sino porque coinciden o empatizan en la forma de ver las cosas contigo. Y hay algunos libros suyos, Caín y El Evangelio según Jesucristo, que son dos de sus novelas que más me gustan. O por ejemplo su visión de Europa

y de las relaciones de los países en La Balsa de Piedra. O Ensayo sobre la ceguera, que me parece tremendo. Además me encantó oírle decir que él escribía para desasosegar. Yo creo que tiene que haber una literatura divertida y entretenida y de dispersión, pero yo creo que las palabras son algo demasiado valioso para no usarlas y crear un efecto en la persona que tienes enfrente, revolverlo de alguna manera. Aquella frase suya de escribir para desasosegar, me gustó».

Eso es. Para desasosegar. Una cita que yo siempre empleo. Ja, ja. Vaya dos.

«Vaya dos, sí ¡Ja, ja...! Vaya dos, vaya dos... Una vez alguien me dijo que era demasiado crítico con todo. Yo creo que encaja en eso de escribir no para satisfacer dictámenes, ni escribir ni opinar ni hablar ni decir, en el sentido de que si alguien tiene la razón, ya la tiene, se le reconoce y punto. Pero si hay puntos que pueden ser negociables o discutibles o revisables, vamos a aprovechar la oportunidad. Yo creo que lo que nos lleva a los peores términos es el conformismo, eso de “bueno ya está, como tengo una verdad, no tengo que cuestionarla, ni plantearme otra alternativa o revisarla de vez en cuando a ver si sigue vigente”».

Se aprecia en tus relatos sentido del humor, ironía.

«Desde luego, como no te tomes las cosas con sentido del humor y una cierta ironía, no hay otra manera de hacerlo. Porque tenemos mucha suerte. No nos habían ofrecido esta vida para vivirla, pero desde luego hemos tenido la mejor suerte en el reparto de los mundos posibles. Pero bueno, ya que es el que tenemos, saquémosle partido, justo eso».

«No escribo para satisfacer dictámenes. Escribo un poco como quien respira, como quien habla». Eso dijo Saramago en una entrevista. Y me acabas de recordarle...

«Yo creo que todo el mundo podría escribir, porque todo el mundo tiene cosas que contar. Lo que pasa es que a veces la gente no le da valor a su propia opinión porque están acostumbrados a que tampoco nadie les preste atención, o a que les llamen tontos por cada cosa que dicen. Yo creo que se puede ir a cualquiera y aprender, así que...».

Todo el mundo debería escribir pero no todos deberíamos publicarlo, ¿verdad?

«Publicarlo o no publicarlo es una cuestión de cada uno. En fin, lo que yo creo es que todos deberíamos escribir. Primero, por un ejercicio de salud mental, en el sentido de que si escribes te tienes que dar tiempo a revisar tu

propio pensamiento y a no conformarte con tus ideas: habrá que darles dos vueltas y extenderlas y plancharlas y ponerlas que se entiendan, para que lo entiendas tú y para que lo entiendan los demás, con lo cual (escribir) te obliga a buscar la mejor manera de exponer tus propios criterios u opiniones o compartir tus experiencias. Respecto a publicar, tenía que haber forma de hacerlo, aunque ahora ya la hay. Yo creo que todos escriben en realidad. La prueba es que todo el mundo cuando se molesta con 140 caracteres escribe hasta un tuit interesante o simpático o curioso en su vida. Creo que nunca la gente ha escrito tanto como ahora. Las redes sociales hacen que todos se atrevan a poner por escrito opiniones o cuestiones concretas personales».

Eso también es una invitación a ser crítico, a la autocrítica, que quizás sea necesaria para los egos inflados.

«Además está muy bien que la gente escriba en las redes sociales, porque lo que queda escrito pesa, y al pesar tienes que hacerte responsable de lo que dices, y de ese modo tienes que asumir que venga luego alguien a decirte lo contrario o te pegue dos bofetadas o te someta a una crítica pública. Las redes sociales pueden tener muchas cosas malas pero, en este sentido, las tiene también buenas».

Una pregunta fácil: lugar y fecha de nacimiento. ¿Crees en los horóscopos y cartas astrales y esas cosas, como el destino, o crees que uno es dueño de su vida, con cada acto y cada decisión que tomamos?

«Me nacieron en Avilés, para volver enseguida a Salinas, el 11 de julio de 1965. No creo en los horóscopos o las cartas astrales. Respecto al destino, no sé, hay muchas interpretaciones sobre cómo ver eso, si existe un determinismo o no. Igual tenía razón lo que planteaba al final Forrest Gump, que es un poco la mezcla de dos cosas: dentro de un cierto determinismo nosotros podemos escoger entre un amplio abanico de posibilidades y vamos así creando nuestro propio devenir. Yo creo que lo que tenemos que ser es responsables de nuestros actos, y pensar que siempre tenemos posibilidad de... El universo es binario, es sí o no, o hacemos algo o dejamos de hacerlo, no podemos estar siempre culpando a las circunstancias o a los condicionantes, parece un poco pueril. Además qué suerte los que dicen: “Bueno, no tengo que decidir mi vida porque ya la tengo diseñada y prefijada”. No, yo no creo que eso sea así».

»Supongo que es un poco lo que decía antes. La vida es la que nos toca pero el mundo es el que conformamos, creamos y diseñamos, entre cada particular con sus actos volitivos personales y el colectivo con la combinación

de esos actos. Pero yo creo que sí, que tenemos que tener peso en cómo van a ir nuestras cosas. Yo ahora, por ejemplo, tengo una circunstancia personal que me viene impuesta y obligada, que es la enfermedad. Hay muchas maneras de afrontarla y de vivirla, pero yo no puedo decir: “Ya está, como estoy enfermo, esto es lo que toca y esto es así”. Pues no, porque yo veo a gente en mis mismas circunstancias que no actúa ni reacciona ni les repercute de la misma manera.

También quería preguntarte por el orden en que hemos dispuesto los relatos en el volumen. ¿Crees que es la adecuada?

«Me parece bien la distribución. Si acaso yo siempre tendría problemas sobre dónde colocar Segundos fuera, porque es un relato que está lejos de todos los demás, precisamente por eso, por el planteamiento más incorrecto sobre determinadas cosas que se ven ahí».

Háblame por favor de Paloma, porque creo que ha sido esencial en todo, y en que ahora se publique este libro.

«Por supuesto que sí. Paloma fue la que me animó y la que insistió. La que estaba siempre detrás, con que tenía que escribir más, y que tenía que ponerlo por escrito, y sobre todo enseñarlo, y ver las reacciones de la gente. Que yo pensara que lo que yo escribía podía interesarle a terceras personas o que tenía algún tipo de valor o algún tipo de calidad. Yo, con tal de no sentirme sonrojado porque alguien diga que no hay una coherencia ni una estructura racional en lo que yo escribo, o que escribas un relato de pocas páginas y que alguien no lo acabe porque no tenga curiosidad por llegar al final... Ya me sorprende que a quienes he dejado algunos de mis relatos los hayan leído con interés, incluso que se hayan molestado en luego hacerme llegar su opinión y compartirla conmigo. Y en la mayor parte de los casos fue más que favorable. O los leyó gente que empatizaba demasiado conmigo y coincidía con mi sentido del humor, mis gustos y mi forma de ver la vida. Bueno, tampoco parece que fuera tan deleznable lo que escribía...»

»Pero eso sí, Paloma ha sido fundamental ya que sin ella desde luego no habrían quedado recogidos en ningún sitio de forma indeleble. Por eso, también, la dedicatoria: Para P. del todo.

Índice

Aviso de los editores
Declaración de intenciones
Prefacio. Por L.

Nota del autor
Rude awakening
Epílogo
Karma mantis
Esposados desatados
Palidez
Puppy
Regina
Segundos fuera
Dragonfly
Malos hábitos

Posfacio. Por Nieves Bruxina.